
SS
SERVICIO SECRETO
CONDENADOS A MUERTE
clark carrados

CONDENADOS A MUERTE

CLARK CARRADOS

CONDENADOS A MUERTE

1.ª EDICIÓN
SETIEMBRE - 1962

SERVICIO SECRETO

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA

DEPOSITO LEGAL B 16.964 - 1962

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1962

N. R. 1722/62

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidenci

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:
725. — La mina fantasma. 738. — Límites de sangre. 762. — La carta del muerto.

En Colección SERVICIO SECRETO:
620. — A las once sesión de tiro. 624. — La hija del *gangster*. 628. — La chica bajo el farol.

En Colección BUFALO:
382. — Círculo de odio. 396. — El tren de las 7,30. 438. — Capitán Fracaso.

En Colección CONGO:
6. — Sahara en rojo.

En Colección SALVAJE TEXAS:
279. — El honor de un pistolero. 297. — El juez Damas. 307. — La vuelta del yanqui.

En Colección CALIFORNIA:
240. — Doble rescate. 294. — Comerciantes en balas. 302. — Encaje de revólveres.

En Colección COLORADO:
83. — Cita en el desierto. 106. — ¡Bandidos! 228. Seis al infierno.

En Colección KANSAS:
204. — La hija del *sheriff*. 214. — Fantasmas en la ciudad.

En Colección PUNTO ROJO:
5. — Los murciélagos. 9. — La viuda viste de rojo. 18. — Ojos en la oscuridad.



1

La persecución había empezado.

El automóvil era el único medio que tenía para escapar de los hombres que me perseguían. No podía utilizar el ferrocarril, ni el avión y ni las líneas de autobuses que atraviesan la nación de parte a parte, ya que todas las estaciones y aeropuertos estarían vigilados por los innumerables tentáculos de aquel colosal pulpo de cuyas garras trataba de escapar.

Delante de mí, se abría la autopista conduciéndome al objetivo arduamente buscado durante dos años y medio. Detrás, venía la muerte pisándome los talones.

Miré el retrovisor. La muerte continuaba detrás de mí.

Venía en un negro «Cadillac», acompañando a tres individuos de los peores sentimientos que he conocido jamás. Aquellos tres gorilas me fusilarían en cuanto me tuvieran a su alcance.

Pisé el acelerador. La aguja subió a ochenta, a noventa, a cien... Las ruedas siseaban y el aire ululaba lúgubremente en torno de mi coche al hender el espacio a cien millas a la hora.

Era una autopista apta para gran velocidad; por eso los policías camineros no se molestaban en detenernos. Pasábamos por delante de los cruces como relámpagos negros, produciendo secos estampidos que tenían su origen en el súbito y violento desplazamiento de las masas de aire.

Miré una vez más hacia el espejito retrovisor. El negro «Cadillac» se mantenía a mí altura, conservando invariablemente la distancia, que nunca era mayor de doscientos metros ni menor de cien.

Hacía apenas una hora que había salido de Nueva York y ya había recorrido una distancia de casi cien millas. Allentown se había quedado atrás y mi próximo objetivo era Harrisburg, ambas en el Estado de Pennsylvania. Pero todavía me quedaban muchos cientos, miles de millas hasta que pudiera lograr mi objetivo. Reducido a kilómetros, casi tres mil quinientos, hasta la linde occidental del Estado de Montana, en el límite noroeste con Idaho. Allí era donde yo tenía que llegar… si el pulpo me lo permitía.

Durante media hora mantuvimos las distancias. Moteles, paradores, postes de gasolina, estaciones de reavituallamiento, pasaban ante nosotros meteóricamente. Y el «Cadillac» mantenía la distancia.

Gané treinta millas más, que fueron recorridas en otros tantos minutos. El sol acababa de ocultarse, y sus últimos fulgores encendían el cielo. En el horizonte empezaron a divisarse, vacilantes y temblorosas, las primeras luces de Harrisburg.

Y, de pronto, el percance inesperado: el estallido de una goma.

El ruido quedó atrás instantáneamente. Apenas producido, desapareció de mis tímpanos, mientras el coche zigzagueaba frenéticamente.

Me agarré al volante con todas mis fuerzas, en tanto levantaba el pie derecho del pedal de gas. Ni por asomo se me ocurrió pisar el freno; a ciento sesenta kilómetros a la hora, hubiera sido tanto como suicidarse. De todas formas, tenía muy pocas probabilidades de salir con vida del accidente.

Todo lo vi clarísimo en cuestión de un segundo. No parecía que fuera el coche el que se balanceaba frenéticamente, alocadamente, de un lado a otro de la carretera, sino que, por una ilusión óptica, daba la sensación de que el «Ford» permanecía inmóvil, en tanto que la carretera ondeaba de izquierda a derecha y viceversa, como una gigantesca banderola sacudida por el viento al extremo de su asta.

El coche perdió velocidad rápidamente. Pero el impulso era demasiado fuerte y el reventón le había hecho perder la estabilidad por completo. Ya no podía dominarlo; yo era un juguete en manos de la máquina.

Se desvió de la carretera, arremetiendo con terrible ímpetu contra una valla anunciadora que saltó en mil pedazos con horrible crujido. Ya no podía hacer otra cosa que agazaparme en la delantera, encogido de brazos, y piernas, protegiéndome los costados con los codos.

El vehículo pegó un salto tremendo al chocar contra un obstáculo inesperado, que cedió en el acto. Se ladeó en medio de aterradores chirridos de metal desgarrado y una puerta voló por los aires con tremendo chasquido.

Los cristales del parabrisas saltaron en mil pedazos.

El automóvil chocó finalmente contra un plano inclinado demasiado difícil de salvar. Hubo un tremendo ruido de metales plegados y luego se

volcó de costado, arrojándome a mí sobre el techo al quedar casi con las ruedas boca arriba.

Durante unos instantes, permanecí como aturdido, hecho aún un ovillo, mientras sentía agudos dolores en todo mi cuerpo. Pronto empezó a funcionar mi cerebro, emitiendo una orden perentoria:

«Sal de aquí, pronto. Esos gorilas van a venir en tu busca y té acribillarán a balazos en este mismo lugar, como te vean rebullir. Sal, pronto. ¡Sal!»

Desplegué los brazos. Un hueso me crujió lamentosamente. Apreté los labios y traté de buscar un hueco para salir de aquel ataúd de hierro y metales retorcidos.

La puerta arrancada me facilitó la salida. Me dejé caer al suelo, exhausto, jadeante, sintiendo mil dolores en el cuerpo, como si me hubiesen apaleado con una docena de garrotes a la vez. Casi no podía respirar y cada vez que lo intentaba, algo puntiagudo se me clavaba en el costado izquierdo, causándome un vivísimo dolor.

Oí pasos cerca de mí. Traté de alertar mis embotados sentidos. Los gorilas venían en mi busca. Había calculado que la persecución duraría tres mil quinientos kilómetros, pero mis cálculos habían fallado lastimosamente. Por culpa de una goma en mal estado, el viaje no había durado ni siquiera la séptima parte.

El brazo izquierdo me dolía horriblemente. Cada vez que intentaba moverlo, un ramalazo de fuego me subía del codo al hombro. Calculé que debía tener el hueso roto. Pese a todo, podía desenvolverme con el derecho y saqué la «Luger» que como de costumbre llevaba en la funda axilar.

La «Luger» estaba cargada y a punto de disparar. Solo tenía que quitarle el seguro y lo hice. Medio tendido en el suelo, detrás del coche, esperé.

Uno de los gorilas apareció de pronto ante mí. Apreté el gatillo con decisión, enviándole dos balazos al vientre.

El tipo se contorsionó y empezó a aullar lastimeramente, mientras se desplomaba al suelo, pateando de modo epiléptico.

Vagamente entreví qué el accidente me había llevado fuera de la autopista, a unos cien metros al menos de distancia de la misma. Ahora, el nivel de la carretera quedaba a unos veinte metros por encima del lugar donde me hallaba. Los autos pasaban veloces, con los reflectores encendidos ante la proximidad de la noche y no reparaban en nosotros.

Una bala impactó contra uno de los neumáticos intactos, haciéndolo estallar con fragoroso estrépito. Otra resbaló sobre la abollada carrocería, produciendo un chirrido estremecedor.

Me tiré al suelo de inmediato, golpeándome el brazo lastimado al ejecutar la acción. El dolor que sentí en aquella región fue tan vivo, que no pude por menos que lanzar un terrible aullido.

—¡Cuidado, chico! ¡Está allí!

—Da tú la vuelta por el otro lado; así le cogeremos entre dos fuegos.

Me acurruqué contra el vehículo volcado, tratando de protegerme la espalda y al mismo tiempo de aprovechar las sombras cada vez más crecientes. Unos pasos sonaron cautelosamente hacia mi izquierda, por la parte del motor. Giré la cabeza hacia aquel lado.

Tenía cierta experiencia en las cosas del combatir. El tipo aquel no podía verme, acurrucado como estaba en la sombra del automóvil. Eran gorilas de ciudad, aptos para desempeñarse en el asfalto, en los sitios de lujo y en las callejas malolientes, pero en cuanto les sacaban al campo estaban perdidos. Y yo tenía sobre mí la experiencia de seis duros meses de entrenamiento y dos superduros años de combate en Corea, nada menos que en la 101 unidad de Paracaidistas. Esta era por el momento mi ventaja… pero ellos disponían de dos pistolas y yo solo de una, en la cual quedaban seis cartuchos nada más.

El fulano apareció de pronto, destacándose en negro contra el rojo telón de fondo del ocaso. Fue tan fácil como cazar elefantes con tanques. A mí jamás se me hubiera ocurrido cometer una imprudencia semejante.

Apreté el gatillo, enviándole una bala a la cabeza. El disparo resultó de efectos tan fulminantes, que el gorila se quedó quieto en el sitio, en pie. Por un momento temí haber fallado el tiro. En vista de ello, repetí el gatillazo.

Esta vez el sombrero del fulano voló por los aires, junto con una cosa repugnante que revoloteó por los aires unos segundos antes de caer al suelo. Aquello era lo que comúnmente se llama la tapa de los sesos.

Pareció como si al gorila le hubieran segado las piernas de un hachazo. Se hundió en el suelo, sin un solo grito, sin pronunciar la menor queja.

El otro se quedó muy quieto en el lado opuesto. Percibí claramente su agitada respiración. De pronto, llamó:

—¡Buck! ¡Contesta! ¡Buck! ¿Estás ahí?

Traté de atraerle a una trampa. Me puse el dorso de la mano en la boca y emití un juramento.

—Estoy… herido en una pata… Ven y ayúdame. Ese bastardo me ha dejado cojo… ¡Cristo, cuánto duele!

Empecé a ponerme en pie lentamente, sin hacer el menor ruido. Ya solo quedaba uno de los tres que me habían perseguido. Si conseguía deshacerme del tercero…

De pronto sonaron unos pasos a mí espalda. Me volví con la rapidez del rayo, disparando frenéticamente mi pistola, justo en el preciso instante en que el otro lo hacía desde dos metros de distancia.

Al efectuar un movimiento tan brusco, mi codo lisiado se golpeó contra un saliente del coche… Abrí la boca de par en par, emitiendo un alarido de dolor. Y en aquel mismo momento, mientras todavía llameaban las

pistolas, sentí un terrible golpe en el cráneo.

La cabeza me fue arrojada hacia atrás por el ímpetu de la bala. Sentí que de repente se me disolvían las piernas, dejándome sin apoyo sobre el suelo.

Frente a mí, el tercer gorila estaba de bruces en tierra, arrancando puñados de hierba con las manos. Un gorgoteo infrahumano partía de sus labios, produciendo un sonido estremecedor.

Pero todas aquellas imágenes desaparecieron de pronto cuando el resto de mi cuerpo se disolvió igualmente en un líquido espeso y ardiente que me envolvió con sus negras ondas.

2

Quise mover la cabeza, pero no pude. Traté de hacer lo mismo con el resto del cuerpo, obteniendo idéntico resultado.

Intenté abrir los párpados, pero me parecieron de plomo. Mis percepciones aumentaron y advertí que tenía el tórax envuelto en un espeso vendaje, en tanto que mi brazo izquierdo estaba rodeado por algo que me pareció un tubo de cemento armado.

Unas voces sonaron cerca del lugar en que me hallaba. Pese a todo, se olía a hospital. ¿Quién me había llevado hasta allí? ¿Por qué estaba vivo cuando debiera estar muerto?

—Un caso increíble —dijo una voz masculina, perteneciente a un hombre de mediana edad—. Jamás hubiera sospechado tener que curar un día una herida semejante. Figúrese usted, doctor Willow, que la bala le entró por la boca y le salió por la nuca, sin rozarle siquiera un hueso, ni un tendón ni un nervio. Algo de puro milagro, en verdad.

—¿Cómo pudo ser eso? Le veo la boca completamente sana, cuando debiera tenerla destrozada.

—Me he forjado una hipótesis. El paciente debía estar gritando en el momento en que el otro disparó su pistola. Por eso le entró la bala de manera tan limpia, sin rozarle siquiera los dientes. Un centímetro más a la izquierda, y le hubiera destrozado la médula espinal, matándolo en el acto. De todas formas —agregó el individuo—, no ha salido tan bien librado; tiene, dos costillas y un brazo roto, así como un montón de contusiones. Esto se debe, me parece deducirlo así del informe policial, al accidente de automóvil que sufrió poco antes del tiroteo.

—Debió ser una batalla campal, doctor Poplar. Tres muertos y este Purvis con una cantidad tal de heridas que en circunstancias normales debieran haberle causado la muerte.

—Es un hombre muy fuerte —respondió el otro—. Su complexión física es excepcional. Quizá por eso pudo resistir el accidente de automóvil y enfrentarse luego a los tres pistoleros.

—¿Cuál es su opinión acerca del suceso, doctor Poplar?

Percibí un gruñido.

—Vaya usted a saber. Esta clase de gente se arregla por sí sola sus propios asuntos. En todo caso, no es cuenta nuestra; es un veterano y debemos atenderle. Bueno, por ahora parece que duerme apaciblemente. Dejémoslo; ya volveremos a verle más tarde.

Los dos médicos se marcharon. Entonces se hizo la luz en mi cerebro.

Estaba en el Hospital de Veteranos de Harrisburg. Esto me consoló no

poco. El establecimiento era una entidad dependiente del Gobierno, un hospital militar en suma, y mis perseguidores no se atreverían a intentar nada contra mí. De momento, y mientras durase mi convalecencia, podía considerarme como salvado. Pero, ¿qué sucedería más tarde?

Al cabo de un rato noté que podía abrir los ojos. Lo hice y miré en torno mío. Me encontraba en una habitación de hospital militar, como tantas otras que conocía, lo cual significaba que no tenía nada de particular. Allí, lo único extraño era yo, Mark Purvis, fugitivo de alguien que había prometido seguirle hasta la muerte.

El sueño acudió a mis párpados después de haber recobrado el sentido. Cuando me desperté, era ya de día claro.

Poco más tarde, vino un médico que me efectuó un reconocimiento minucioso. Me hizo algunas recomendaciones y terminó diciendo:

—Está usted gravemente herido. No hable en tanto no se lo autoricemos; el movimiento de los músculos del cuello podría reabrirle la herida y causar una hemorragia de cuidado. Esta herida, sin embargo, es la más leve, ya que dentro de una semana estará completamente curada. Pero en cambio tiene dos costillas y el húmero izquierdo fracturados. Deberá permanecer una larga temporada inmóvil, antes de que se hayan consolidado las fracturas. Recuerde; no hable hasta que le demos permiso.

Durante largos días, permanecí en el lecho, alimentándome por vía intravenosa. Constantemente tenía una aguja clavada en el brazo por medio de la cual entraba el líquido glucosado en la sangre. Cuando, al fin, me autorizaron a tomar algo de alimento, habían pasada casi diez días y estaba tan débil que un niño de cinco años habría podido derribarme con un solo dedo… de haber podido ponerme en pie, naturalmente.

Mi primera ración de alimento me la trajo una enfermera a la cual no había visto todavía. Empujaba un carrito de ruedas y me miró fría y desapasionadamente.

—Buenos días, teniente Purvis —dijo, dándome el grado que había alcanzado en el ejército—. Soy la enfermera Dyson y me alegra mucho conocerle y saber que se encuentra en franco período de curación.

La examiné críticamente durante unos segundos. Su voz había pretendido sonar impersonal, pero había en el fondo de ella un acento que me intrigó un tanto. No era la voz indiferente de una enfermera habituada a tratar pacientes de todos los pelajes a diario, sino la de una mujer que buscaba algo sin saber exactamente en qué consistía ese algo.

Era alta, de talle esbelto y cimbreante, seno erguido y compacto, aunque sin exageradas ampulosidades, caderas finas pero bien diseñadas y piernas largas y agradablemente torneadas. Tenía el negrísimo cabello recogido en un prieto moño bajo la blanca cofia de enfermera, y sus ojos grises me miraban con cierto especulativo interés que me intrigó no poco.

—Encantado —respondí lentamente, pues aún me notaba torpe la

garganta—. ¿Puedo preguntarle cuál es su nombre, enfermera Dyson?

—Doris —respondió ella secamente, empezando a disponer la bandeja portátil sobre el lecho. Entonces observé su tez. Era muy blanca, pero bajo ella latía ardorosamente la roja sangre de sus venas, demostrado en el vivo color de sus labios, frescos y gordezuelos, que no habían pedido nada a los fabricantes de cosméticos.

—Puede llamarme Mark, enfermera Dyson —dije, tratando de entablar conversación con ella.

—Lo siento —respondió con brevedad—; nos están prohibidas las familiaridades con los pacientes. Podría costarme el empleo, ¿sabe?

—Entiendo —dije, tomando la primera cucharada de sopa. De repente, me pareció que el rostro de Doris Dyson me resultaba conocido—. Oiga —exclamé—, ¿no nos hemos visto nunca antes, en alguna parte?

—No creo —respondió—. Soy de Harrisburg y usted de Nueva York. Que yo sepa, usted no ha estado nunca antes aquí y yo tampoco conozco Nueva York.

—¿Es posible que una chica tan linda no haya estado nunca en la mayor capital del mundo? —exclamé con sorna.

—Lo es —respondió ella con su sequedad característica. Y luego se cerró en banda, negándose firme pero cortésmente a contestar a todas mis preguntas.

La enfermera Dyson vino varias veces a atenderme durante mi período de convalecencia. Regularmente, la solía ver tres días a la semana; debía ser por el turno que tenía establecido. Pero nunca me permitió la menor familiaridad ni autorizó ninguna broma o chanza. Se mantenía hermética, encerrada en una concha de áspero mutismo, de la cual no salía sino para responder a las preguntas más indispensables. Desde luego, era soltera; al menos, no le vi anillo de boda en el dedo correspondiente. Pero, precisamente por ser tan arisca, empecé a encapricharme de tal modo que llegué a preguntarme seriamente si no estaba enamorándome de ella como un tonto.

Pasaron cuatro semanas, durante las cuales mi convalecencia progresó a pasos agigantados. Desapareció el vendaje de mi torso, y el médico me anunció que en una semana más me quitaría la escayola del brazo, pasado cuyo tiempo empezaría a realizar los movimientos de calistenia indispensables para devolver al miembro la elasticidad perdida.

Mientras tanto, y a mí modo, era feliz. Sabía que la amenaza continuaba pendiente sobre mi cabeza y que, en cualquier momento, el pulpo estiraría uno de sus tentáculos aferrándome por la garganta hasta estrangularme. Pero mientras continuara en el Hospital de Veteranos, podía considerar mi piel a salvo.

Esto era lo que me impedía declarar a Doris Dyson mis sentimientos. Aun suponiendo que ella me correspondiese un día, rota su resistencia por

mí terquedad e insistencia, ¿cómo soñar en unir su suerte a la mía? Aquellos bestias no reparaban en nada cuando de conseguir sus propósitos se trataba. Si habían decretado mi muerte, también matarían igualmente a Doris, sin importarles en absoluto que ella fuera inocente por completa de los hechos que yo había realizado. Y, naturalmente, no podía en tales condiciones hacer la menor alusión a mis sentimientos amorosos hacia ella.

Por otra parte, había un hecho que me intrigaba desde el primer día que la conocí. Ella decía que no me había visto nunca y yo estaba casi seguro de todo lo contrario. Tengo buena memoria para las fisonomías de las personas, y el hecho de que no supiese relacionar el rostro de Doris con algún hecho anterior me hacía desesperar en ocasiones.

El tiempo transcurrió lentamente. No tenía ninguna prisa en salir del hospital; por una parte, me hallaba en él completamente seguro y, por otro, estaba Doris. De no haber sido por aquella espada de Damocles que tenía suspendida sobre mi cabeza de modo continuo, me hubiera creído en el séptimo cielo.

Y, de pronto, el azul del cielo se ensució con la primera nube y la calma del ambiente quedó rota con el primer trueno.

La enfermera Dyson abrió la puerta dos días antes del señalado para quitarme la escayola y con su impersonal voz de costumbre, dijo:

—Teniente Purvis, tiene usted una visita.

Estaba tendido en una cómoda tumbona, leyendo una novela de vaqueros. Al escuchar las palabras de la muchacha, levanté la vista y sonreí, buscando en su hermoso rostro la correspondencia de un gesto análogo. Pero la sonrisa se borró inmediatamente de mis labios cuando detrás de Doris vi a las personas que venían a visitarme.

Eran tres hombres, uno de los cuales agradeció a la muchacha el favor con una leve inclinación de cabeza.

—Mil gracias, enfermera —dijo, y cruzó el umbral.

La sangre se me heló en las venas Tenía motivos para ello: el hombre que estaba frente a mí era el pulpo, y los dos gorilas que le acompañaban eran dos de sus más sólidos tentáculos.

3

Doris cerró la puerta y yo me quedé f rente a los tres individuos. El pulpo me saludó afablemente:

—¿Qué tal, Mark Purvis?

Traté de conservar la serenidad:

—Perfectamente. Mejorando, como puede ver, señor Sauk. Gracias por el interés que se ha tomado por mí… y no lo digo solamente por la visita de ahora.

Sauk sonrió suavemente. Era un hombre de apariencia innocua, un tipo que en cualquier parte hubiera representado el papel de un apacible hombre de negocios, en lugar de ser el *gangster* más fiero y cruel de cuantos había conocido. Con su aspecto sosegado, era capaz de mandar matar a un hombre, con la misma facilidad que un sargento instructor hace marcar el paso a su pelotón.

En cuanto a los dos gorilas que le acompañaban, eran sus hombres de confianza. Yo los conocía muy bien, tenía motivos de sobra para ello.

Uno era Christian Hansen, un sueco gigantesco, de dos metros de altura y ciento diez kilos de peso, con unas tuerzas descomunales, cuya mayor diversión era romper los huesos de sus enemigos. Agarraba el brazo de un fulano entre sus zarpas, levantaba la rodilla, daba un seco golpecito y… «¡crack!», el hueso saltaba hecho astillas. Aparte de eso, manejaba la pistola consumadamente y era un tirador de primera.

El otro era Gene Ormsby, un individuo de mediana complexión, que usaba gafas de montura de oro y parecía un contable de comercio. En realidad, lo era da los negocios de Sauk, lo cual no le impedía ser igual mente un hábil y despiadado pistolero.

Hansen ofreció una silla a su jefe. Sauk se sentó, cuidando de la raya de sus bien cortados pantalones. Se colocó un cigarrillo entre los labios, y Ormsby se lo encendió con gesto obsequioso.

Félix Sauk, mi ex jefe, un genio del hampa, un tipo prominente en la organización criminal a la cual pertenecía y era una de sus cabezas más visibles, exhaló el humo y me miró sonriendo.

—Los médicos han hecho una buena labor contigo, Mark Purvis —dijo.

—Sí —respondí lacónicamente.

—Es una lástima —sacudió la ceniza de su pitillo con un meñique cargado de anillos—. Una lástima, sí, porque el Gobierno ha gastado contigo una cantidad de tiempo y dinero de los cuales no va a sacar luego el menor provecho.

—Suponiendo que usted consiga matarme, Sauk —dije.

—¿Lo dudas? —El *gangster* sonrió levemente—. Oh, Mark Purvis, no temas, no te mataré aquí, en el Hospital de Veteranos. Si se hubiese tratado de un hospital corriente, habría podido sobornar a un médico, algún ayudante, pero aquí… es mal asunto meterse con los militares y yo no quiero perder mi posición, ¿comprendes?

Callé. Mientras pudiese, quería mantener el silencio.

Sauk continuó:

—Has estado dos años y medio conmigo, Mark Purvis, y te has enterado de todos, *absolutamente* todos mis secretos. Y, de repente, te ha dado la vena de la honradez. ¿A qué se debe eso?

Apreté los labios. Sauk sonrió.

—Es igual —dijo, levantando los hombros, gruesos y macizos—. Lo mismo da. Pero, como comprenderás, tengo interés en evitar lo que quieres hacer. Puede que yo me quede sin lo que tú sabes, pero, al menos, tú no vivirás para regodearte con tu triunfo. En cuanto salgas de aquí, te mataré, Mark Purvis.

No me pude contener.

—Ya lo intentó una vez. Y falló —dije.

—Fuiste más listo y afortunado que los tres hombres que envié en tu persecución. Podrás, cosa muy dudosa, esquivar a los próximos; pero no olvides que la organización se extiende por todo el país y que tiene unos brazos muy largos. Aunque consiguieras salvar el primer obstáculo, tendrías que enfrentarte luego con otro, y otro, y otro… El resultado, a la larga, Mark. Purvis, solo puede ser uno. ¿Te lo digo?

—Se comprende fácilmente, Sauk —respondí con voz opaca.

El *gangster* soltó una leve carcajada.

—Eres vivo de imaginación, Mark Purvis. Escucha, voy a darte una oportunidad. Vuelve a nosotros. Olvidaré todo lo que has hecho, incluso la muerte de los tres muchachos que envié detrás de ti. Te devolveré el mismo puesto que ostentabas y te aumentaré el sueldo a mil doscientos semanales. Pero tendrás que confiarme el secreto que te transmitió Paula antes de morir.

Le miré fijamente.

—Con que era eso lo que quería —murmuré.

—Demasiado lo sabes —respondió Sauk ásperamente—. Aquella maldita zorra se me llevó algo muy interesante para mí y lo escondió donde solo el diablo y tú sabéis. Dime dónde está y haremos borrón y cuenta nueva, Mark Purvis.

Le contesté con una grosera palabrota.

El rostro de Sauk se puso del color de la grana. Sus dientes crujieron de ira.

—¿Es esta tu última palabra, Mark Purvis? —barbotó.

—No. Todavía tengo algo que decirle, Sauk.

—Habla.

—Hijo de perra.

Durante unos segundos, reinó el silencio en la pieza. Creí que Sauk iba a echárseme encima, pero acabó dominándose.

Incluso sonrió.

—Vamos, vamos —dijo, tratando de aparecer conciliador—. Subo la oferta a un olvido total y mil quinientos semanales.

—No.

Los ojos de Sauk chispearon, aunque seguía sonriendo.

—Considera la proposición, Mark Purvis —dijo—. Te conviene.

Y se puso en pie.

—Pierde el tiempo conmigo, Sauk. No volvería a su lado ni por todo el oro del mundo. Y todavía hay más que he callado hasta este momento.

Hice una pausa a fin de aumentar el énfasis de mis palabras:

—Tenga la seguridad de que no pararé hasta enviarles a usted y a sus miserables cómplices a la cárcel para toda la vida, cuando no a la silla eléctrica. Puedo hacerlo y lo haré, Sauk; usted lo sabe perfectamente. Y ahora que me ha oído ya, lárguese de aquí con esos dos monos de feria que apestan el cuarto con su sola presencia.

Hansen apretó los puños y dio un paso hacia adelante. Sauk le contuvo con breve gesto.

—Quieto, «Sueco» —dijo suavemente. En cambio, sus ojos chispeaban de cólera—. Acepto el reto, Mark Purvis. Veremos cuál de los dos sale triunfador. Mentiría si te dijera que no espero con ansia el final de la con tienda.

—No puede ser más que uno, Sauk —respondí tajantemente.

—En efecto —Sauk sonrió con untuosidad—. No puede ser más que uno. Cúrate pronto, Mark Purvis, lo estoy deseando con todas mis fuerzas.

Al quedarme solo, saqué un pañuelo de mi bata y me sequé el abundante sudor que había brotado de mi frente. Toda la entereza y el valor que había demostrado durante la entrevista, empezaron a derrumbarse apenas me quedé solo.

Cerré los ojos y reflexioné unos momentos, en tanto trataba de calmar los acelerados latidos de mi corazón. Había lanzado una bravata al rostro de Félix Sauk, pero no sabía si podría mantenerla.

El *gangster* tenía razón. La organización era muy poderosa y abarcaba prácticamente a todo el país. A cualquier parte adonde me dirigiera, ellos me perseguirían implacablemente. Aunque consiguiese salvar el primer obstáculo, luego me opondrían otro, y otro, y otro… Funcionaría misteriosamente un telégrafo subterráneo que alertaría a todas las pandillas dependientes de la organización, y sus miembros me saldrían al paso, procurando destruirme de cualquier forma que fuese.

Posiblemente, previendo cualquier eventualidad, Sauk habría ya

repartido con profusión copias de mi fotografía, como si se tratara de un organismo policial. Los gorilas de las distintas pandillas se aprenderían mi imagen de memoria y me reconocerían en el acto. Eran hombres hábiles, duchos en el trato con toda clase de gentes, tan listos y tan astutos como el mejor policía, y con una falta total de sentimientos y de piedad hacia mí. La orden de cazarme estaba dada y había que cumplimentarla como fuera.

Absorto en mis pensamientos, no me di cuenta de que la puerta del dormitorio se había abierto, hasta que escuché la voz de la enfermera Dyson.

—Teniente Purvis —dijo—, me he permitido traerle una taza de café. Quizá la esté necesitando.

Abrí los ojos y miré a Doris con firmeza. ¿Era telépata?

—Gracias —dije, mientras tomaba la taza.

Y, de repente, se me ocurrió una idea. Pero no podía ponerla en práctica mientras no estuviese completamente restablecido.

Dos semanas después podía caminar libremente por los corredores y los patios del hospital. El doctor Poplar me dijo que siete días más tarde me daría el alta, aunque —añadió—, si quería quedarme algunos más para terminar de restablecerme, podría hacerlo. Le dije que gracias y que ya lo pensaría.

Al día siguiente, al mirar por la ventana de mi cuarto hacia la calle, situada al otro lado del jardín que rodeaba al hospital, vi algo que me hizo recordar de nuevo mi situación.

Había un coche negro parado frente al hospital. La distancia era excesiva para confirmar mis sospechas, pero tenía la seguridad de que en su interior estaban al menos un par de individuos, vigilando la entrada del establecimiento. Aguardaban a que saliera para seguirme y fusilarme en el momento más conveniente para ellos.

Toqué el timbre de llamada. Dyson vino más tarde.

—Diga, teniente —murmuró con voz sosegada.

—Escuche, enfermera Dyson, ¿podría proporcionarme usted unos prismáticos?

El rostro de la muchacha se alteró durante unos momentos. Luego, rehaciéndose, contestó:

—Trataré de hacerlo, teniente —y se fue con un armonioso balanceo de sus espléndidas caderas.

Doris volvió casi treinta minutos más tarde. Me entregó los prismáticos y se fue, sin pronunciar una palabra.

Examiné el coche. No dos, sino tres gorilas había en su interior. Parecían honrados ciudadanos esperando a algún amigo para irse a jugar unas manos de póker, pero yo sabía que cada uno de ellos disponía al menos de una automática y que en el suelo del coche había, con toda seguridad, una ametralladora «Thompson».

El coche se marchó poco después, siendo sustituido por otro idéntico en forma y contenido humano. Y así sucedió durante el resto del día.

Empecé a pensar en la forma de evadirme sin que ellos pudieran darse cuenta. Todavía no estaba lo suficientemente fuerte como para poder hacerlo en la forma que yo quería, pero disponía de tiempo.

Cuatro días después, sin que la vigilancia hubiera decrecido un solo momento, vino Ormsby a visitarme.

El fulano resultó lacónico.

—Sauk aumenta su oferta a dos mil semanales, Purvis, y le promete olvidar todo.

—En cuanto aceptara esa proposición, Sauk me colocaría un par de zapatos de cemento y me arrojaría al Hudson. No, gracias; tú y él podéis iros al infierno.

—Sauk —prosiguió Ormsby impertérrito— dice que comprende tus motivos, pero que por mucho que hagas, no podrás resucitar ya a tu hermano.

—Escucha, Ormsby —dije, empezando a perder la paciencia—, si no te quitas pronto de mí vista, te machacaré las narices a golpes. Fuera, bastardo.

Ormsby sonrió levemente.

—Adiós —dijo.

Al quedarme solo, encendí un cigarrillo. La mano me temblaba, pero poco después pude recobrar la estabilidad emocional. «¡No podrás resucitar a tu hermano!», repetí la frase de Ormsby. ¡Los malditos…! Casi lo de menos era la muerte de mi hermano menor, Fred, con ser ya motivo más que suficiente para desear fervientemente su ruina. Era lo que habían hecho con él lo que me hacía odiarlos de modo salvaje, casi inhumano… y no pararía hasta conseguir mis propósitos o que ellos me matasen.

Faltaban ya solo tres días para que me diesen el alta. Era preciso tomar una determinación, pero aquel día hube de esperar, pues Doris Dyson estaba fuera de turno.

Cuando llegó, al día siguiente, le dije:

—¿Recuerda usted los prismáticos que le solicité hace una semana, más o menos?

—Sí —respondió con su voz inexpresiva de costumbre.

—Acérquese a la ventana —rogué—. Mire con los prismáticos a través de ellos y dígame lo que ve…

La muchacha obedeció sin mostrar la menor extrañeza. Luego se volvió hacia mí.

—Hay un coche parado frente a la puerta del hospital con tres individuos dentro.

—Efectivamente —contesté—. Y están esperando a que salga para matarme. Usted recordará, sin duda, las condiciones en que vine a parar a

esté hospital.

—Sí, lo recuerdo —respondió ella, con voz que me pareció ligeramente alterada.

—Pues bien, necesito desesperadamente esquivarlos. Casi más que por salvar mi propia vida, por otro motivo que ahora no puedo explicar, enfermera Dyson. Y para conseguirlo, necesito de su concurso.

Ella vaciló un tanto.

—¿Qué es lo que tengo que hacer, teniente?

Me acerqué a la mesilla de noche donde tenía mi documentación y efectos personales. Entre las cosas que había allí, estaba un talonario de cheques, con un fondo de cerca de veinticuatro mil dólares, dinero que había ganado mientras estaba al servicio de Sauk.

Llené un talón por diez mil y se lo entregué.

—El Banco pedirá aclaración, sin duda —expresé—. Haga que confirmen mi firma por telegrama o bien por fotostato al First National, de Nueva York. En cuanto le avisen de que puede disponer del dinero, compre el mejor coche que haya en el mercado de automóviles usados y llene el tanque hasta los topes. Añada dos latas de veinte litros cada una y dos gomas de repuesto. Ah, y procure que el coche sea de un color lo más discreto posible, ¿comprende?

Ella asintió en silencio. Todavía tenía que darle más instrucciones.

—Cuando tenga todo listo, tráigame mis ropas. Después, ese día, a las diez y media de la noche, sitúe el coche en la parte trasera del hospital. Tome para usted mil dólares de esta cantidad y deje el resto en la guantera, ¿me comprende?

—Sí —respondió la muchacha, sin demostrar la menor emoción.

Cuando ya estaba a punto de salir, la llamé de nuevo:

—¡Dyson!

Ella volvió el rostro.

—¿Sí, teniente?

—Gracias por hacerme ese favor —dije.

Doris inclinó ligeramente la cabeza. Eso fue todo lo que respondió.

Al quedarme solo, encendí un nuevo cigarrillo. Empecé a pensar en la enfermera y en la forma tan natural, casi indiferente, con que había acogido mis instrucciones. Una súbita sospecha brotó de pronto en mi mente, helándome la sangre en las venas.

¿Y si Doris estaba en combinación con los forajidos? ¿No les advertiría de mis propósitos?

Fuera como fuera, era ya tarde para retroceder y, además, ella era la única persona en quien parecía poder confiar. No podía pedir tal cosa, por ejemplo, al viejo doctor Poplar o al más joven Willow. Ambos me mandarían a la policía… y ya había tenido que soportar bastante a los investigadores cuando me encontré en condiciones de responder a sus

preguntas.

Los dos días siguientes transcurrieron en una interminable tensión de nervios que me puso casi al borde de la locura. Por fin, al caer la noche, Doris Dyson apareció con un paquete en las manos.

—Sus ropas, teniente —dijo—. El coche estará dispuesto a las diez y media. Es un «Chevrolet» gris acero, con la placa 7-I11-4.091, del Estado de Illinois. A primera vista parece un coche de los que usan en la «Navy». El dinero sobrante estará en la guantera, como dijo.

Tomé sus manos fervorosamente.

—¡Doris! —exclamé, llamándola por su nombre por primera vez—. ¿Cómo podré pagarle esto que ha hecho por mí?

Ella retiró sus manos con gesto brusco.

—Ya me dio mil dólares, teniente. Con eso tengo más que suficiente. Adiós y que tenga mucha suerte.

Dio media vuelta y se marchó, dejándome estupefacto.

Al cabo de un rato me encogí de hombros.

—Bueno, chicas guapas hay en el mundo... cuando se vive lo suficiente para poder revolotear en torno a ellas —concluí lúgubremente.

Empecé a desliar el paquete de las ropas. De pronto, algo pesado me cayó sobre el pie, haciéndome soltar un gruñido de cólera y de dolor al mismo tiempo.

Me agaché para recoger aquel objeto que tanto daño me había hecho. Mis ojos se desorbitaron por el asombro al hallarme en las manos con una pistola «Luger», idéntica a la mía, con el conveniente aditamento de un silenciador.

Comprobé la carga; el arma funcionaba perfectamente. Y todavía más; en los bolsillos de la chaqueta encontré cuatro cargadores de repuesto.

—Simpática Doris —dije, empezando a vestirme.

4

Crucé el patio trasero del hospital, atravesando directamente los prados cubiertos de césped, a la vez que procuraba ocultarme bajo las protectoras sombras de los copudos robles y olmos que proporcionaban frescura durante el día al jardín. Sigilosamente, convertido en un espectro, llegué a la tapia que me separaba de la libertad.

La tapia mediría unos cuatro metros de altura. Pero yo ya había tomado mis medidas desde hacía unos días, cuando empecé a planear mi evasión. Junto a la misma, crecía un viejo roble, parte de cuyas ramas salían por encima del borde. A riesgo de causarme algún desgarrón en el traje, trepé por el tronco y luego me deslicé por las ramas hasta alcanzar la tapia.

Monté a caballo sobre el borde. Pasé la otra pierna al lado exterior y luego me dejé caer nuevamente al suelo, después de haberme mantenido colgado con las manos durante unos segundos.

El silencio era casi absoluto. Apenas si pasaban vehículos por aquella calle semidesierta que había detrás del hospital.

Miré en torno mío y divisé no muy lejos un automóvil de color gris acero.

En aquel momento escuché pasos a mí espalda. Giré la cabeza; dos individuos se me acercaban a buen paso y ambos llevaban las manos metidas en el interior de sus respectivas chaquetas.

No me cabía la menor duda; Sauk no era hombre que dejase nada al azar y había previsto que podría escapar por la parte trasera del hospital. Corrí hacia el vehículo.

En el momento en que me acercaba al mismo, dos individuos salieron de su interior.

—Purvis —dijo uno.

Algo metálico brilló en sus manos. Mi reacción fue instintiva: zambullirme de cabeza al suelo, al mismo tiempo que sacaba la «Luger».

¡Plop!

Ellos tampoco querían escándalos. La primera bala arrancó chispas del asfalto, junto a mí zapato derecho. La segunda se clavó en el suelo, bajo el sobaco del lado opuesto. Para entonces, ya había soltado yo dos taponazos de champaña.

Oí a mí izquierda y hacia atrás el chirrido de los frenos de un automóvil y unas voces de intimación. No pude prestar atención; en aquel momento, solo tenía ojos para una cosa: salvar mi pellejo.

Uno de los gorilas giró violentamente sobre sí mismo. Dio unos cuantos

pasos vacilantes y se apoyó con ambas manos en la tapia del hospital. Luego empezó a resbalar al suelo.

El otro continuó el fuego. Una de sus balas me chamuscó la mejilla. La segunda, mejor dirigida, me hubiera atravesado el cráneo, de no haber rodado dos veces hacia mi derecha. Me quedé quieto un segundo y mi «Luger» escupió fuego tres veces, perforando las tripas del gorila. El tipo cayó de rodillas y luego se apoyó en el suelo con ambas manos, como los musulmanes cuando rezan sus oraciones en la mezquita.

Me levanté de un salto y eché a correr hacia el automóvil. El fulano continuaba todavía en la misma posición, vomitando sangre sobre el asfalto. Le pegué un puntapié y el tipo rodó por el suelo, quedando tendido de espaldas, con los ojos vidriados y como mirando al farol más cercano.

Me extrañó que los otros dos tipos no me hubiesen tiroteado. Pero estaba pensando en ello, cuando, de pronto, oí una voz que pronunciaba mi nombre:

—Purvis.

Me volví, agazapándome junto al coche, con la pistola en la mano. Entonces, con infinito asombro, divisé dos cuerpos tendidos en el suelo a veinte metros de distancia. Dos individuos se me acercaban, al parecer, con intenciones pacíficas, puesto que llevaban las manos fuera del cuerpo, con las palmas vueltas hacia mí.

—No tire, Purvis —dijo uno de ellos—. Somos amigos de Crittenden.

Me enderecé lentamente, sin dejar de apuntarles con mi pistola.

—¿Amigos de Crittenden? —gruñí.

—¿Cree que si no lo fuéramos no habríamos tenido tiempo suficiente de balearle? Mire aquellos dos gorilas tendidos en el suelo; querían cogerle por la espalda. Nosotros se lo hemos impedido.

—Está bien —dije con acento de duda—. ¿Qué es lo que quieren de mí?

—Ya está dicho todo. Crittenden se imaginó que usted haría algo parecido. Por eso nos envió a nosotros a ayudarle y, además, a darle un recado.

—Hable —dije—. ¿De qué se trata?

—Simplemente, esto: que haga lo que debe hacer y tenga en cuenta que contará con más amigos de Crittenden en su ruta, dispuestos a ayudarle como nosotros le hemos ayudado ahora.

—Esa es una noticia consoladora —respondí—. Dígale a Crittenden que me siento muy agradecido y que procuraré entregarle el paquete que tanto desea. Adiós.

Y, sin más, me introduje en el automóvil, sentándome tras el volante.

Dejé la «Luger» en el asiento, al alcance de mi mano, y di el contacto. El motor respondió al instante, funcionando con suave sincronismo. Embragué, pisé el acelerador y salí de estampía, no sin antes haber agitado la mano en dirección a aquellos simpáticos tipos.

En medio de todo, era confortador saber que si Sauk iba a lanzar detrás de mí una jauría de sabuesos, Crittenden también lanzaría en pos de mis huellas una partida de protectores, dispuestos a que no me sucediese nada en aquel viaje que no podía tener más que dos alternativas a su término: la vida... o la muerte.

En pocos minutos estuve fuera de Harrisburg. Entonces, me lancé a la máxima velocidad permitida por la carretera de Pittsburgh.

Observé el motor durante un rato, sin dejar por ello de prestar atención a la ruta que se abría ante los faros de mi coche. Funcionaba como un reloj de precisión. «Brava muchacha —pensé—. Cuando todo haya terminado, iré a visitarla con un gran ramo de flores».

Y, de repente, me estremecí. «¿No será ella la que lleve las flores a tu tumba, Mark Purvis?»

Apreté los dientes y apreté también el acelerador. La aguja del cuentamillas subió a ochenta y durante largo rato mantuve aquella cifra.

Lewiston, Mount Union y Ebensburg, esta ya en el corazón de los Allegheny, quedaron atrás. Al pasar Ebensburg, la carretera empezó a describir fuertes eses para perder nivel antes de llegar a Pittsburgh, la ciudad del acero, a casi trescientos kilómetros del punto de partida.

Pronto divisé en lontananza el rojo resplandor de las acererías de Pittsburgh. Entonces me di cuenta de que tenía hambre.

Un parador y estación de servicio me salió al camino. Reduje la marcha, buscando el *parking*. Eché los frenos y quité la llave de contacto. Luego miré en la guantera, alumbrado por la luz refleja de uno de los rótulos de neón del parador.

Conté el dinero; había allí más de seis mil dólares en un rollo atado con una goma. Extraje unos cuantos billetes de pequeña denominación y guardé el resto en el bolsillo izquierdo del pantalón. Con aquel dinero y mucha suerte, tenía más que suficiente para llegar hasta Montana.

Luego, con disimulo, cambié el cargador de la «Luger», dejándola a punto de disparar. Me la metí entre la camisa y el pantalón, después de lo cual me abroché la americana y salí del coche. Cuando iba a cerrar la puerta, escuché un gemido en la trasera del «Chevrolet».

Mi primer impulsó fue sacar la pistola y regar de balas la parte posterior del vehículo. Pero me contuve oportunamente, diciéndome que si la persona que había detrás de mi asiento hubiera querido matarme, a aquellas horas estaría viendo ya a San Pedro. Con que abrí la portezuela interior trasera, encendí un fósforo... ¡y vi a Doris Dyson!

Solté una exclamación, no de sorpresa, sino de dolor, Mi estupefacción fue tan grande que dejé que la llama consumiera el fósforo hasta llegarme a los dedos. Sacudí la mano y luego me chupé maquinalmente el dedo chamuscado. Acto seguido, penetré en el coche e hice que la muchacha se sentara en el asiento posterior.

Doris estaba aún atontada y gemía de modo incoherente. Le di unos cuantos suaves cachetitos en la cara y empezó a recobrar el conocimiento.

La sacudí ligeramente por los hombros.



Algo metálico brilló...

—¡Doris! ¡Doris! —llamé.

Ella abrió los ojos y me miró turbiamente. De pronto, recobró el conocimiento de golpe y se estremeció.

—¡Purvis! —exclamó. Y luego se llevó la mano a la nuca—. ¡Ooooh… cómo duele!

—¿Le golpearon esos tipos? —pregunté, aludiendo a los que había tenido que despachar para poder seguir adelante.

Ella asintió levemente.

—Estaba… esperándole junto al coche. Se me acercaron dos hombres… y uno de ellos me preguntó por la calle Front. Volví la cabeza un momento para indicarles la dirección… y no recuerdo más hasta ahora, Purvis.

Fruncí el ceño. Aquella era una complicación con la cual no había contado.

—¿Están todavía ahí esos forajidos? —preguntó la chica con voz trémula.

—¿Qué si están…? —exclamé absorto. Por lo visto, había permanecido inconsciente durante las dos horas y media que había estado rodando a toda velocidad—. Oiga, Doris, estamos a punto de entrar en Pittsburgh. ¿Se da cuenta clara del lugar en que se halla?

Los ojos de la muchacha se dilataron.

—¡Pittsburgh! —repitió, estupefacta. De pronto, sonrió—. Pero, ¡esto es magnífico, Mark! —exclamó, tuteándome sin que viniera a cuento—. ¡Significa que te has deshecho de aquellos bandidos!

—Tuve que agujerearles las tripas para poder seguir adelante —dije, sin querer mencionar a los del FBI—. Ahora nos hallamos frente a un parador, donde podrá tomarse un par de tazas de café y unas aspirinas. Luego le dejaré dinero suficiente para que regrese a Harrisburg. Si la echan en falta en el hospital, le costará caro, Doris.

—No me echarán en falta, Mark —contestó ella sorprendentemente—. Ayer hice mi última guardia de enfermera. Ahora estoy libre… para acompañarle hasta Montana.

Pegué un salto en el asiento, que me llevó casi hasta el techo.

—Oiga, ¿cómo diablos sabe…?

Ella sonrió con simpatía.

—Te lo contaré otro rato, Mark —de pronto hizo una mueca de dolor —. Vamos a tomar el café y la aspirina o me estallará la cabeza.

Y salió del coche, con más ánimos que fuerzas físicas. Hubiera caído al suelo, de no haberme precipitado a socorrerla.

—Vamos, vamos —dije bondadosamente—, todavía no está en condiciones de caminar sola. Deje que yo la lleve.

Entramos en el parador, el cual estaba lleno de chóferes de camión que hacían un alto en la ruta. Buscamos una mesa y pedí dos cafés bien

cargados y unas aspirinas.

Doris tomó un par de tabletas y luego sorbió su café. Parecía sentirse mejor por momentos y, desde luego, vestida con otras ropas que no eran las de enfermera, me parecía aún más bonita.

Pero yo no podía entretenerme con una mujer hermosa, teniendo suspendida una amenaza de muerte sobre mi cabeza. De modo que, mientras comía yo, porque ella se negó a tomar otra cosa que no fuera café, le dije:

—Ahora la dejaré en el centro de Pittsburgh, en un buen hotel. Y mañana volverá a Harrisburg, a ocupar de nuevo su puesto en el hospital. Llegará tarde a la guardia, pero no creo que la despidan por eso, Doris.

Ella sacudió la cabeza.

—Olvídalo, Mark. Voy contigo a Montana.

Fruncí el ceño.

—¿Quién rayos te ha dicho que yo voy a Montana, Doris?

—No hagas preguntas ahora. Come, que pierdes el tiempo mientras hablas. Te lo contaré todo en el coche.

—¿Es que crees que voy a permitir que vengas conmigo? Estás loca, Doris; esas fieras no se detendrán ante nada…

Alargó la mano y empujó el tenedor hasta mi boca con suave firmeza.

—Come y calla, Mark.

La miré fijamente durante un segundo y luego me encogí de hombros. Presentía que no iba a poder librarme de ella en lo sucesivo… aunque tenía una fértil imaginación que me haría encontrar un medio para sacudírmela de encima. Si ya era un problema peliagudo llegar solo hasta Montana, imagínense lo que supone intentar la hazaña con una chica hermosa al lado, perseguido y acosado por una jauría de perros rabiosos, que solo desean alcanzarle a uno, para clavarle los colmillos en la garganta.

Terminé de comer. La comida me sentó estupendamente, y tras abonar el importe, salimos del parador, encaminándonos al *parking.* Me senté tras el volante y ella a mí lado, mientras me miraba con cierta sonrisa irónica reflejada en su lindo rostro.

—Adelante, Mark —dijo—. ¿A qué esperas?

—Te dejaré en un hotel…

—Si lo haces, buscaré un coche y te seguiré. Es inútil que trates de deshacerte de mí, Mark. Juntos o separados, los dos hemos de llegar a Montana.

—Pero, bueno, por todos los diablos, ¿quieres explicarme qué razones tienes para querer venir conmigo hasta Montana con tanto empeño?

Ella suspiró hondamente, y al hacerlo, su seno resaltó con suaves curvas bajo la tela del vestido.

—Una razón muy poderosa, Mark —respondió con los ojos humedecidos de repente.

—¿Y esa razón es...?

—Paula Golding.

5

El motor del coche ronroneaba sincrónicamente. Las gomas siseaban con sonido de seda rasgada con suavidad al rodar a cien por hora sobre el asfalto de la carretera. A espaldas nuestras, empezó a producirse la luz de un nuevo día.

Miré a Doris. La muchacha había terminado por dormirse y tenía apoyada la cabeza en mi hombro derecho. Su seno subía y bajaba rítmicamente, con regulares movimientos de su respiración, en tanto sus manos descansaban sobre el regazo.

La luz se acentuó. Desde que salimos del parador, alrededor de las dos de la mañana, hasta la hora presente, las cinco, había ganado otros quinientos kilómetros. Habíamos salido del Estado de Pennsylvania, atravesado por completo el de Ohio y estábamos adentrándonos en el de Indiana. Las luces de Fort Wayne empezaron a verse a lo lejos, palideciendo en la alborada.

Doris suspiró de pronto y se agitó en el asiento. Luego de unos minutos, se enderezó, abriendo los ojos.

Me miró y sonrió.

—¿Qué tal, Mark? —preguntó.

—Bien. ¿Y tú?

—He descansado bastante —dijo—. Francamente, he dormido bien.

—¿Tu cabeza?

Ella se tocó el lugar donde había sido golpeada.

—Tengo un chichón todavía. Pero el pelo lo tapa. Por lo demás, estoy bien. Escucha, Mark —agregó de pronto—, descansa tú ahora; yo conduciré.

—Aguarda a que lleguemos a una estación de servicio —respondí—. Tengo que reponer combustible y aceite. Tomaremos algún desayuno y luego conducirás tú. Lo haremos después de haber atravesado Fort Wayne.

—¿Qué ruta piensas seguir?

—Me desviaré un poco hacia abajo, para ir siguiendo la de Huntington y Peoria hasta Omaha. Una vez allí, ya discutiremos el camino más conveniente para lo sucesivo.

—¿Por qué no buscas una carretera secundaria? —sugirió ella.

Sacudí la cabeza.

—Es posible que ellos piensen que mis intenciones son las de actuar de tal manera. Pero yo seguiré, mientras sea posible, las rutas más transitadas. Esto dificultará sus reacciones.

—Como quieras —contestó la chica. Abrió su bolso, sacó el espejito y

empezó a mirarse con gesto crítico—. Pero opino que estás equivocado.

—Estoy equivocado, sí —rezongué—, porque no te arrojo ahora mismo del coche y continúo solo mi camino.

—Pero, Mark —exclamó ella con sorpresa—, ¿es que no te acuerdas de Paula Golding? ¿Quién te dio los informes tan preciosos que tú estuviste buscando durante dos años y medio sino la pobre Paula?

Fruncí el ceño de mala gana...

—Lo sé, lo sé —repetí—. Pero eso no impide que siga sosteniendo la misma opinión acerca de tu compañía durante mi viaje.

Doris hizo un mohín de disgusto.

—Otros darían saltos de alegría por tenerme a su lado en el asiento.

—Claro, pero esos otros no están amenazados de muerte como yo. Escucha, cabeza dura, ¿es que no te das cuenta de que si esos gorilas nos alcanzan, no te respetarán a ti tampoco?

El rostro de Doris se endureció de pronto.

—Es probable que sea así —dijo—. Pero he de ayudarte con todas mis fuerzas, aunque nada más sea que en memoria de Paula Golding, Mark.

—Lo sé, lo sé —dije, exasperado—. Ya me lo has repetido un montón de veces. ¿Crees que yo no me acuerdo de ella? A veces pienso si no llegué a enamorarme.

Doris reclinó su cabeza en el respaldo.

—Ella estaba enamorada de ti, Mark —dijo sorprendentemente.

—¡Eh! —exclamé, aturdido por la inesperada revelación.

—¡Cuidado con el volante, que nos vamos a la cuneta! —me reprendió ella, al ver que el coche hacía un violento zigzag.

—Sigue con lo de Paula, demonios —mascullé—. ¿Qué más?

—Nada, ya es suficiente, Mark. ¿O crees que lo que te contó lo hizo solamente por tu cara bonita?

—¿Y a ti, por qué te lo dijo?

Doris guardó silencio unos momentos.

—Porque era mi hermana, Mark.

—Tú... —empecé a decir, pero me contuve en el acto.

Ahora comprendía por qué me había parecido recordar el rostro de Doris. Naturalmente, no podía ser menos tratándose de hermanas. Pero Paula había sido muy rubia y Doris tenía el cabello intensamente negro. Además, la diferencia de años era de cuatro o cinco —hubiera sido, mejor dicho, caso de seguir viviendo Paula—. Esto me había despistado de tal manera, que no supe advertirlo hasta que me lo dijo la propia Doris.

—Pero ella usaba el apellido de Golding. ¿Cuál es el verdadero? —pregunté.

—Dyson —respondió ella—. Paula se cambió por el de Golding cuando empezó a actuar como cantante.

—¿Y cómo sabes que había de ir a Montana?

—Días antes de su muerte recibí una carta. «Busca a Mark Purvis y ve con él a Montana, sea como sea. Purvis te dirá el resto. Pero no lo hagas a menos que te enteres de que yo he muerto». Y Paula —agregó sombríamente la chica— ha muerto.

—Sí —dije, crispando las manos sobre el volante—. La mató Sauk cuando se enteró de que le había traicionado. Mejor, dicho, cuando empezó a sospechar que le iba a traicionar. Claro que todavía ignoraba lo que yo sabía. Y aún no lo sabe bien del todo. ¿Sabes cómo murió Paula?

Doris se estremeció.

—No me lo cuentes, Mark, por favor.

—Es preciso que lo sepas, para que conozcas la clase de hombre que es Sauk. La mató de una patada en el vientre.

—¡Oh!

Doris gimió, en tanto escondía su rostro entre las manos.

Callamos durante unos momentos. Ya estábamos atravesando Fort Wayne y diez minutos después nos hallábamos, ya en pleno día, en la carretera que conduce a Huntington.

Consulté el indicador de gasolina. Estaba en las últimas. Claro que todavía tenía la reserva de cuarenta litros en el portaequipajes, pero no quería utilizarla, en tanto no fuera absolutamente imprescindible.

Una estación de servicio nos salió de pronto al paso. Frené suavemente, dejando el coche junto a uno de los postes suministradores de combustible. Un mecánico acudió al vemos parar.

—Llene el depósito —dije—. Ponga también aceite y revise la presión de las llantas, mientras tomamos un bocado.

—Vienen de lejos, ¿eh? —preguntó el individuo, en tanto pasaba un paño de gamuza sobre el polvoriento parabrisas.

—Sí, un poco —respondí ambiguamente. Toqué el brazo de la chica—. Doris, vamos a desayunar.

Ella ya se había serenado lo suficiente para adoptar una compostura normal. Se atusó el cabello con rápido gesto y saltó del coche.

Entramos en una cafetería adyacente a la estación de servicio. Ambos fuimos a los lavabos antes que nada.

Me miré al espejo. Tenía los ojos inyectados en sangre, como consecuencia de la noche que había pasado conduciendo, y la barba empezaba a oscurecerme las mejillas. «Cuando pase por Huntington me compraré útiles de afeitar», pensé, en tanto me salpicaba la cara con unas gotas de agua.

Salí del lavabo y busqué una mesa, encargando dos desayunos. Doris vino minutos después, fresca como una rosa, aunque muy disgustada por las arrugas de su vestido.

—Tendré que comprarme otro cuando pasemos por alguna ciudad no demasiado grande —dijo sonriendo.

Desayunamos con gran apetito y no menos rapidez. Un cuarto de hora más tarde, estábamos ya listos para continuar el viaje. Pagué la minuta, y me puse en pie, tomando el brazo de la muchacha para dirigirme hacia la salida.

De repente, mi mano se crispó en torno al brazo de Doris, al mismo tiempo que me detenía en seco.

—¿Qué te pasa, Mark? —preguntó ella, alarmada.

—Mira —dije sordamente.

Ella obedeció. A través de la ventana más próxima, pudimos ver un «Cadillac» negro, que se detenía junto al poste de gasolina. Tres hombres se apearon de él, en tanto que un cuarto permanecía al volante.

El aspecto de aquellos individuos era elocuentemente revelador. Todos ellos iban armados, según podía deducirse de los abultamientos que se advertían en la parte izquierda de sus chaquetas. Y su objetivo era fácil de adivinar.

Uno de los gorilas habló brevemente con el mecánico. Este le señaló la cafetería. Luego, el gorila dio una orden al conductor y, acto seguido, emprendió la marcha hacia el local, escoltado por sus dos compinches.

No perdí demasiado tiempo en pensar lo que tenía que hacer. Tiré de Doris y retrocedí a toda marcha hacia los lavabos, entrando, antes de darme cuenta de lo que hacía, en el de señoras.

Una dama estaba asegurándose el portaligas en aquel momento. La mujer pegó un chillido al verme que hizo temblar los cristales.

—Dispénsenos, señora —dije, yéndome hacia una ventana próxima, que abrí de un tirón—. Salta, Doris.

La muchacha tuvo que subirse la falda hasta bastante más arriba de la rodilla, a causa de la estrechez de la misma, dejándome ver el par de piernas más bonito que he contemplado en mi vida. Pero esto, que en cualquier otro momento hubiera sido motivo de placer para mí, en aquellos instantes en que la pérdida de un solo segundo podía significar la diferencia entre la vida y la muerte, me puso frenético.

Al fin, agarré a la muchacha y, levantándola a pulso, la saqué bonitamente por la ventana. La dama continuaba luchando con su portaligas, pero le pasaba lo mismo que a Doris; su falda era demasiado estrecha y no podía bajársela.

Ella y yo nos miramos un segundo. Hice una mueca de desdén.

—No me gustan —refiriéndome a sus piernas. Y era cierto.

—Muérase —contestó ella secamente. Al fin consiguió bajarse la falda, cuando yo había saltado ya al otro lado de la ventana.

Doris quiso echar a correr, pero yo la retuve en el acto. Los lavabos de la cafetería daban a una de las esquinas de la misma, de modo que hacían ángulo recto el de señoras con el de caballeros. Este miraba hacia el norte, en tanto que el de señoras estaba orientado hacia oriente. Estaba seguro de

que, a no tardar mucho, uno de los gorilas entraría en el lavabo a investigar. Vería la ventana abierta y...

Exactamente eso mismo fue lo que sucedió. Un fulano asomó la cabeza por la ventana. En la mano tenía una pistola.

Agarré la muñeca armada con la mano izquierda y tiré con fuerza de ella, haciéndole doblar el cuerpo sobre el antepecho. En el mismo instante, bajé el filo de la mano derecha y le golpeé en la nuca. El gorila pateó un poco y luego se quedó quieto.

—¡Vámonos, Doris! —dije, tomándola de la mano.

Echamos a correr, llegando a la esquina de la cafetería, situada a escasos metros de los postes de gasolina. Mi coche estaba ya listo, aparcado junto a la salida de la explanada de estacionamiento, y un poco más allá se veía el «Cadillac» negro, con su correspondiente gorila tras el volante.

—Ve tú a nuestro coche y ponlo en marcha. Arranca de inmediato, dejando abierta la portezuela izquierda trasera.

—Pero... —intentó objetar Doris.

—Obedece —dije entre dientes—. No tenemos tiempo que perder.

Echamos a correr al mismo tiempo, rodeando los coches por la zaga. Ella se situó agachada tras el nuestro, en tanto que yo corría hacia el «Cadillac», dándole la vuelta por el lado que correspondía a la carretera.

En el momento oportuno, Doris se puso en pie. El forajido que estaba al volante y que vigilaba nuestro coche, se irguió. Echó mano a la funda axilar.

Entonces le apliqué el caño de mí «Luger» tras la nuca.

—Un solo movimiento —dije en voz baja y ominosa— y te saco los sesos por las narices.

El gorila se quedó frío. Nunca hubiera esperado ser sorprendido por detrás de aquella manera.

—Sal —continué—, y no muevas las manos.

Abrí la portezuela izquierda con la mano del mismo lado, pegándome al costado del coche negro. El pistolero salió, dándome la espalda. Entonces aproveché la ocasión y le pegué con todas mis fuerzas en la nuca.

El hombre se derrumbó como una masa inerte. Acto seguido, empecé a disparar contra el motor.

Vacié el cargador entero contra un elemento tan vital del coche. Luego, agachándome, despojé al caído de su pistola.

Me incorporé inmediatamente. Moví la mano derecha.

Doris hizo arrancar el «Chevrolet», sacándolo a la carretera. La portezuela estaba ya abierta.

Me zambullí en el interior del automóvil, en el preciso instante en que dos de los gorilas salían del interior de la cafetería pistola en mano. El «Chevrolet» se bamboleó alarmantemente.

—¡Dale al acelerador! —grité, en tanto luchaba por incorporarme.

Cuando al fin lo hube conseguido, mi primer cuidado fue cerrar la portezuela. Luego miré hacia atrás, a través de la ventana posterior.

La estación de servicio se empequeñecía rápidamente. Pero la marcha de nuestro auto no fue tan veloz que no me impidiera ver los gorilas asaltando otro coche de un viajero cualquiera, con el fin de perseguirnos a toda costa.

Y entonces, vi detenerse a un automóvil, del cual saltaron cuatro o cinco tipos pistola en mano. Los amigos de Crittenden rodearon a los gorilas, quienes se rindieron en el acto, sin más ceremonias.

Pero, aunque me sentía satisfecho, no tuve fuerzas para sonreír. Aquel no era más que otro *round* que yo había ganado. Y un *round* no es nunca la pelea, sino una ínfima parte de la misma. ¿Quién sumaría más puntos al concluirse el combate?

El coche rodaba ya a la máxima velocidad permitida en aquella carretera. El *round* ganado nos permitía unas horas de descanso; las que necesitaba el pulpo para extender otro de sus tentáculos hacia nosotros.

Me acomodé en el asiento posterior y me tumbé a dormir. Unos minutos más tarde, el sueño me había hecho olvidar todos los problemas que tenía pendientes.

6

Me desperté al sentir un fuerte frenazo del coche. Abrí los ojos y me enderecé en el asiento. Miré a través de la ventanilla, divisando un panorama que ya empezaba a hacérsenos familiar.

—¿Dónde estamos, Doris?

—Davenport, Iowa —contestó ella.

Consulté el reloj. Eran ya las tres de la tarde y había estado durmiendo desde las nueve. En todo aquel tiempo, la muchacha había conducido durante seis horas largas, sin la menor vacilación, en cuyo espacio de tiempo habíamos ganado casi setecientos kilómetros. Era una buena marca, que hablaba muy alto en favor de su pericia de conductora.

Esperamos a qué nos llenaran el depósito de gasolina. Pagué y luego tomé el volante, arrancando suave mente hacia la ciudad que estaba a unas pocas centenas de metros de nosotros.

—Vamos a tomarnos un pequeño descanso aquí —decreté.

—¿Para qué? —preguntó ella curiosamente.

—Te daré dinero. Busca una tienda y cómprate ropa de excursión. Ya sabes, una chaqueta de cuero, camisa de franela, pantalones y demás. Cuando lo tengas todo, busca una peluquería y haz que te tiñan el pelo. De rubio, no; te parecerías demasiado a tu hermana.

Ella se puso rígida de repente.

—Lo siento —murmuré.

—No te preocupes —contestó, tratando de sonreír—. ¿Qué más?

—Conviértete en una pelirroja, cuanto más llamativa mejor. Puede que se extrañen en la peluquería; di que tienes que posar para unos anuncios.

—Bien. ¿Y después?

—Yo me cambiaré de ropa también. Nos separaremos y concertaremos un lugar en el cual encontrarnos a una hora determinada. Si puedo, cambiaré el coche.

—De acuerdo, Mark —contestó ella—. Pero, ¿crees sinceramente que podrás despistarlos?

—Trataré de hacerlo. Lo malo es que me conocen demasiado.

—¿Por qué?

—Viajé mucho en tiempos por todas partes —respondí—. Era el hombre de confianza de Sauk, una especie de inspector de sus negocios, ¿comprendes?

—Sí —dijo ella con voz tirante. Luego preguntó—: Mark, ¿por qué lo hacías?

—Este no es el momento de explicaciones, Doris. Más adelante.

Seguimos rodando. Minutos después, detenía el coche en Jefferson Road, frente a una cafetería que ostentaba el sugestivo título de «The Last Paradise».

—Aquí —exclamé—, en «El Ultimo Paraíso» —consulté el reloj—, a las siete en punto.

Ella se apeó. De repente se volvió hacia mí con expresión desconcertada.

—Mark —dijo—, no llevo dinero.

Fruncí el ceño.

—Dije que te quedases mil dólares, Doris.

—Lo sé —su rostro se cubrió de rubor—. Pero no quise hacerlo…

—Está bien —contesté, echando mano al bolsillo. Saqué un puñado de billetes y le entregué diez de a cien—. Creo que con eso tendrás más que suficiente.

Ella me miró con intensa simpatía.

—Gracias, Mark —contestó. Y se fue.

Di marcha de nuevo y rodé lentamente por la ciudad, hasta encontrar el sitio que buscaba. Era un gran solar lleno de automóviles de todos los tipos y tamaños, sobre cuya entrada campeaba un gran rótulo.

JACK, «EL FRESCO»
NO COMPRE MIS AUTOMOVILES. SE DESCACHARRAN EN CUANTO SALEN DEL *PARKING*. SON UNA BIRRIA Y ESO LO ASEGURA
JACK, «EL FRESCO»

Sonreí. La leyenda era propia de un vendedor de automóviles usados. Todos o casi todos usan lemas parecidos: *Johnny, «el Honrado»; «El Sagaz Pete»; «Zorro Andy»,* y cosas por el estilo.

Entré con mi coche y lo detuve junto a la entrada de una barraca de madera, con grandes ventanales de vidrio, tras la cual se veían un par de hombres trabajando. Uno de ellos se puso en pie y salió.

Primero asomó un puro de medio metro de largo, luego un vientre como el de la ballena que se tragó a Jonas y luego el mofletudo rostro de Jack, «El Fresco».

—¡Hola, amigo! —me saludó campechanamente—. ¿Qué le trae por aquí?

—Quiero cambiar este coche —dije—. Deme otro cualquiera, con tal de que funcione como si fuera un « Supersabre».

—Tengo el que usted desea, amigo —dijo Jack, «El Fresco»—. Un convertible «Nash» 58…

—Fuera. Nada de convertibles. Un coche rápido, seguro, manejable y —añadí intencionadamente— que no se descacharte en cuanto haya salido del salar.

—Entonces, le ofreceré un «Lincoln» 60, que solo tiene veintidós mil millas sobre las gomas y… Oiga, ¿cómo quiere hacer el trato?

—Le dejaré este y usted me dará ese «Lincoln», si me gusta, y luego ya nos arreglaremos en el precio. ¿Le parece bien?

Jack podía ser un fresco, pero no era tonto.

—De acuerdo. Antes, sin embargo, me dejará que mire su «Chevrolet», ¿no?

—Por supuesto —abrí la portezuela y me bajé del coche, entregándole la llave para que probara el motor—. Mire todo lo que quiera, amigo.

De alguna, manera, Jack, «El Fresco», consiguió encajar su prominente barriga tras el volante. Arrancó y dio una vueltecita por el *parking,* regresando segundos después.

—El motor funciona que es un contento —y de pronto, me espetó una pregunta—: Amigo, ¿por qué diablos quiere cambiar un coche nuevo por uno usado? ¿Es que está loco?

Le miré con infinita sorpresa. La gordezuela mano del vendedor de automóviles señalaba el cuenta-millas.

—Amigo —dijo—, a menos que ese contador este estropeado, arreglado o amañado, su coche ha recorrido menos de mil millas. Y el sonido del motor me dice que este «Chevrolet» es completamente nuevo. ¿Qué diablos le sucede?

Arrojé una mirada al cuenta-millas. El apara; o marcaba, en efecto, una distancia análoga a la que habíamos recorrido desde Harrisburg.

Sin comprender lo que sucedía, retrocedí un paso, examinando la pintura del coche. Y entonces, un relámpago de claridad iluminó mi mente.

Doris había adquirido el coche completamente nuevo, haciéndolo «envejecer» para aumentar más las posibilidades de nuestra huida. Razón sobrada tenía Jack, «El Fresco», en asombrarse.

Entonces se me ocurrió una idea.

—Bueno —dije—, puesto que es así, no voy a cambiarlo. Pero usted me va a hacer un favor.

Saqué el rollo de billetes y extraje del mismo dos de a cien.

—Habrá otros dos —manifesté—, si a las siete en punto me ha cambiado el color y las placas de matrícula, además de un repaso general. ¿Qué le parece mi propuesta?

Jack, «El Fresco», la consideró durante un minuto largo, sin dejar de mirarme especulativamente. Luego, su adiposa zarpa se apoderó de los billetes.

—Hecho —contestó—. Venga por aquí a las siete en punto, señor…

—Smith —respondí muy serio.

—Señor Smith —dijo Jack, «El Fresco», todavía más serio.

A continuación, dejé el *parking* y salí a la calle. Detuve un taxi.

—Búsqueme una tienda —dije—, donde pueda adquirir ropas deportivas. Ya sabe, pesca en las montañas y demás.

—Sí, señor —contestó el taxista, poniendo el coche en marcha, sin pararse hasta el lugar señalado.

Pagué la carrera y entré en la tienda. Elegí un par de camisas de franela, un sombrero de ala ancha, una cazadora de ante, unos pantalones de color caqui y un par de sólidas botas claveteadas. Cuando tuve el paquete en las manos, pregunté por el mejor hotel de la ciudad.

—El «Town and Country» —me respondieron—. Está en la calle West Trail, a tres manzanas al sur, señor.

—Gracias —contesté. Pagué la cuenta y me marché. Al pasar por una perfumería, entré y compré objetos de útiles de afeitar, además de un frasco de tinte para el cabello.

Busqué el «Town and Country», no tardando mucho en hallarlo. Penetré en el vestíbulo y pedí una habitación con baño.

—Al momento, señor —me respondieron—. ¿Viene usted solo? —preguntó el recepcionista.

—Sí. ¿Por qué lo dice?

El fulano me guiñó un ojo.

—Por diez pavos haría una llamada a una señora estupenda que acudiría a darle una conferencia ilustrada sobre el crecimiento del maíz en el Estado de Iowa, señor.

—Gracias —contesté impasible—; pero no soy vegetariano.

Y me encaminé a mí habitación, en la cual me di un baño completo, cosa que me estaba haciendo mucha falta. Luego me afeité y, al terminar, empecé a utilizar el frasco de tinte.

Tengo él pelo intensamente rubio. Era preciso oscurecerlo, pero no veía la forma de ocultar el azul de mis pupilas. De todas formas, no podía hacer otra cosa, con que me apliqué con todas mis fuerzas a teñir de negro el cabello.

Esperé una hora larga, hasta que el pelo se hubo secado y la tintura se asentó convenientemente. Entonces, me puse una camisa de franela, de color granate oscuro, los pantalones caqui y las botas claveteadas. Me coloqué el arnés para la pistola, cuya carga examiné con toda atención, frunciendo el ceño al ver que solo me quedaban ya dos cargadores con dieciséis tiros en total. Menos mal que contaba con el «38» que le había arrebatado al gorila en el parador, lo cual elevaba a veintidós el número de cartuchos de que podía disponer en un momento dado.

Acto seguido, envolví la otra camisa en los restos del paquete, me encasqueté el sombrero de ala ancha, me puse la cazadora, y me dirigí hacia la puerta. Cuando ya estaba a punto de salir, volví sobre mis pasos, dejando un billete de diez dólares sobre la cama. Luego salí.

Bajé en el ascensor hasta el vestíbulo. Cuando lo atravesaba, pude

darme cuenta de que había dos individuos hablando con el recepcionista.

Maldije entre dientes. La organización no descansaba. Allí tenía una muestra de ello. Los dos individuos asintieron, dirigiéndose hacia el ascensor de inmediato.

Bajé ligeramente la cabeza, de modo que el ala del sombrero me ocultase los ojos. Los dos gorilas se cruzaron conmigo, sin concederme más que una mirada de indiferencia. Pero si hubieran hecho el menor gesto sospechoso, habría tenido que liarme a tiros con ellos allí mismo.

Naturalmente, no se fijaron en el tipo que parecía ser un próspero granjero de Iowa. El recepcionista ni me miró siquiera; estaba habituado a ver fulanos como yo desde su más tierna infancia.

Salí a la calle con el corazón palpitándome violentamente. ¡Qué iluso había sido! Aquellos tipos no descansarían hasta encontrarme y suprimirme del mundo de los vivos. Los gorilas no preguntarían por qué se les ordenaba matarme; para ellos era, literalmente hablando, un servicio que había que cumplimentar. Se les pagaba por matar y ellos obedecían.

Detuve un taxi y le indiqué la dirección de Jack, «El Fresco». Consulté el reloj; el tiempo había transcurrido tan velozmente, que pasaban ya diez minutos de las siete de la tarde.

Bajé del taxi y entré en el *parking.* Un tipo enclenque y esmirriado, la antítesis viva del dueño del negocio, salió a recibirme.

—¿Sí? —dijo, masticando de modo repulsivo un sucio palillo de dientes.

—Busco al amo —dije secamente, arrastrando las palabras al modo de Iowa.

—Un momento —contestó el macaco.

Jack, «El Fresco», volvió poco después, balanceándose como una goleta recién botada, detrás de su inevitable habano. Me miró con cierto desdén; conocía muy bien la afamada avaricia de los granjeros de Iowa, y al verme pensó que su negocio se iba a arruinar conmigo.

—¿Qué hay, compadre? —preguntó—. ¿Qué desea para su granja? Tengo un *jeep* en estado casi nuevo que…

—Busco un «Chevrolet» que era gris a las cuatro de la tarde y que tenía las placas con la matrícula del Estado de Illinois —dije.

Los ojos del vendedor se abrieron como platos.

—¡Diablos! —exclamó a media voz. Y luego se echó a reír de tal manera, que la papada le tembló como si fuera de gelatina—. Amigo, vaya actor que haría usted si se dedicase al teatro.

—Gracias, pero soy muy amigo de Marlon Brando y no quiero hacerle la competencia. ¿Qué hay de mí «Chevrolet»?

—Venga conmigo —dijo Jack, «El Fresco», enigmáticamente.

Me tomó por el brazo, llevándome a unos cuantos metros más allá, deteniéndose ante un coche pintado brillantemente de azul y blanco, con

los cromados relucientes y hasta con un nuevo parachoques.

Contemplé al individuo con admiración.

—Es una obra de arte —exclamé al cabo.

—Me gusta hacer bien las cosas —dijo sonriendo—. Está al completo de gasolina y aceite. Además, le cambié la goma trasera izquierda; no me gustó su aspecto.

Saqué el rollo de billetes del bolsillo. Escogí tres de cien y se los entregué, al mismo tiempo que le miraba de frente.

—La cosa lo vale, Jack —dije—. Pero, ¿por qué lo hizo? Aparte de por el dinero, naturalmente. ¿No se le ha ocurrido pensar en que puedo ser un fugitivo de la justicia?

El rostro de Jack, «El Bresco», se tomó súbitamente serio. Era un sinvergüenza, un granuja y un zorro en su negocio, pero para otras cosas, era la persona más decente que he conocido.

—En mi negocio se ven muchas caras, amigo... Smith —me contestó—. Y uno se acostumbra enseguida a separar el grano de la paja. Usted es trigo limpio, amigo, se lo asegura un tipo que sabe lo que se dice.

Estreché con fuerza la mano de Jack.

—Un día, quizá, podré agradecérselo con algo más que con unos simples billetes de Banco —dije.

Jack, «El Fresco», meneó la cabeza.

—Ya está bien —respondió—. Con que tenga mucha suerte, me doy por bien pagado. ¡Adiós, y ojalá no le pesquen!

—Adiós —contesté. Ya estaba tras el volante y arranqué de inmediato.

A las siete y veinticinco, me detenía en Jefferson Road, frente a «The Last Paradise». Esperé, mientras fumaba un cigarrillo.

La vi venir de pronto, cargada con una pesada bolsa de lona que apenas si podía sostener con las manos. Se había transformado totalmente y era difícil reconocer en aquella pelirroja de gafas negras a la impersonal enfermera que me había atendido mientras me curaba en el Hospital de Veteranos de Harrisburg.

Doris pasó junto al coche, mirando en todas direcciones, completamente despistada. Toqué suavemente la bocina y ella miró en mi dirección.

—Oiga, preciosa —dije arrastrando las palabras—, ¿no le gustaría darse un paseíto conmigo por los pintorescos alrededores de Davenport?

Doris hizo una mueca de desagrado. Fue a proseguir su camino, pero de pronto se detuvo y volvió a mirarme.

—¡Mark! —exclamó atónita.

Me incliné para abrirle la portezuela. Ella se coló de un salto en el coche, arrojando a la trasera el pesado saco que portaba.

—¡Dios mío! —exclamó—. No te hubiera reconocido si no me llamas. Ya empezaba a temer que te hubiese pasado algo... Estás completamente

desconocido, Mark.

Puse en marcha el motor y arranqué suavemente.

—Gracias por tus palabras. Eso es una garantía contra Sauk y sus sabuesos. ¿Qué diablos llevas ahí en ese saco?

—Provisiones. He pensado que no debemos detenernos en lugar habitado. Hay latas de conserva y unas cuantas botellas de cerveza. Ya buscaremos un sitio apropiado, lejos de la mirada de las gentes, para poder comer con toda tranquilidad.

—Es una buena idea, Doris —aprobé—. Sobre todo, teniendo en cuenta, que los esbirros de Sauk andan buscándonos por Davenport.

7

Cuatro horas más tarde, y a unos trescientos cincuenta kilómetros de Davenport, detuve el coche en un lugar relativamente solitario, a mitad de camino entre Belle Plaine y Tama.

Saqué el vehículo de la carretera y lo hice rodar lentamente por un prado, hasta situarnos bajo la segura protección de unos gruesos olmos. La luna había salido ya y su luz iluminaba claramente el paisaje. El río Iowa pasaba a unos kilómetros de allí y, en la distancia, su corriente parecía una cinta de plata bajo la noche.

La temperatura era muy agradable. En torno a nosotros, los grillos desgranaban su monótona canción. Una luciérnaga pasó, revoloteando aturdidamente hasta desaparecer de nuestra vista.

Extraje la bolsa del interior del coche y empecé a sacar cosas de su interior. La mano una mujer se veía claramente en las adquisiciones; no faltaba siquiera un mantel y servilletas, así como también un par de cubiertos de campaña.

Destapé unas cuantas latas y abrí un par de botellas de cerveza. Comimos con magnífico apetito y al terminar, me tumbé en el suelo, con las manos en la nuca, contemplando las estrellas.

Doris estaba sentada a mí lado y podía percibir claramente el leve rumor de su sosegada respiración. Permanecimos unos momentos callados, gozando en silencio de la augusta tranquilidad de la noche.

La muchacha fue la primera en romper el silencio.

—Y pensar que en estos momentos hay toda una jauría de sabuesos buscándonos como desesperados… —comentó.

Me incorporé a medias, quedando tendido de costado, frente a ella.

—¿Por qué me lo has recordado? —dije—. Ahora que me encontraba tan bien, vienes tú y lo estropeas todo.

Ella me miró largamente.

—No puedo olvidarlo, Mark —contestó en tono apacible. Pero su respiración se había acelerado levemente—. Quiero recordártelo, aunque a ti no te guste, porque este es el único medio de que consigas tus deseos.

—Te acuerdas de Paula, ¿verdad?

—Sí —murmuró con voz sorda.

—Era una chica magnífica —dije—. Pero le pasó lo mismo que a Fred.

—¿Quién era Fred? —preguntó ella con sorpresa.

—Mi hermano.

Doris respingó.

—¿Tu hermano? Nunca oí hablar de él a Paula.

—También se había cambiado el nombre. Cuando estaba con Sauk se hacía llamar Tony Zandolo.

—Comprendo. ¿Y dónde está ahora?

—Con Paula.

—¡Oh! —exclamó la muchacha, comprendiendo. Después de una pausa, dijo—: También lo mató Sauk.

Moví la cabeza.

—No. Murió en un tiroteo con otra banda. Pero no es su muerte lo que me da pena, sino el modo que tuvo de llegar a ella.

—Explícate, por favor.

—Fred era un buen chico. Yo trabajaba de firme y le costeé los estudios. Hubiera sido un brillante ingeniero… de no haber caído un día en las garras de Sauk.

Tiró el cigarrillo a lo lejos con gesto rabioso.

—Ya sabes lo que pasa muchas veces entre los estudiantes. Se empieza con un cigarrillo de marihuana… y se termina con morfina y heroína. Fred se convirtió en un drogado, por culpa de los hombres de Sauk, que eran los que suministraban los estupefacientes a los estudiantes de su Universidad. Cuando la necesidad de la droga se hizo más grande, uno de los sicarios de Sauk le propuso un negocio. Era una cosa sencilla, un robo sin importancia, pero, si no lo hacía, no tendría más droga. Por otra parte, Fred estaba ya entrampado hasta las cejas y no sabía de dónde sacar el dinero para seguir manteniendo el vicio. Aceptó… y aquel fue el primer peldaño de una escalera en descenso, que solo tiene un fin.

Doris suspiró hondamente.

—Y tú quieres vengarte de Sauk.

—No. Castigarle, lo mismo que a los jefes de la organización a la cual pertenece, que no es lo mismo. Si hubiera querido vengarme, podría haberlo hecho casi cuando entré a formar parte de su banda. Cuatro tiros en el estómago y todo listo. Pero la organización hubiera seguido, aun sin él, y no era esto lo que yo quería. Deseo destruirla hasta los cimientos, hasta que no quede uno que pueda seguir adelante con esos criminales negocios de drogas, extorsiones, robos, asesinatos y otros delitos peores que no me atrevo siquiera a nombrar en tú presencia.

—Y conseguirlo te ha costado dos años y medio.

—Exactamente, aunque no del todo. Me faltaban algunas pruebas, que no he podido conseguir por falta material de tiempo. Un par de semanas más y todo hubiera estado listo.

—Entonces, ¿cómo te descubrieron?

Apreté los labios.

—Te lo contaré otro rato —dije. Me puse en pie de un salto—. Recojamos las cosas; es hora ya de emprender de nuevo la marcha.

Ella asintió en silencio. Empacamos todo, y unos momentos después,

nos hallábamos en el coche, rodando por la carretera hacia el oeste.

Desde Harrisburg habíamos recorrido ya unos mil trescientos kilómetros. Nos quedaban casi mil ochocientos todavía antes de que pudiésemos dar por terminado el viaje. ¿Conseguiríamos salvar sin contratiempos aquella distancia?

Apenas estuvimos en la carretera, Doris puso la radio. Una música suave y melodiosa empezó a sonar de inmediato.

Diez minutos más tarde, la música se cortó.

Sonó la voz de un locutor:

—«Damas y caballeros, interrumpimos nuestro programa musical para dar un boletín de noticias. En Davenport ha sido asesinado un comerciante de automóviles usados llamado John Millis, que usaba habitualmente el sobrenombre comercial de Jack, «El Fresco». El cadáver de Millis ha sido hallado en una de las carreteras que rodean la ciudad, salvajemente torturado y…»

Alargué la mano y cerré la radio. Doris y yo nos miramos consternados, comprendiendo la importancia de la noticia.

Significaba, nada menos, que los gorilas a quienes había visto en el vestíbulo del «Town and Country» habían empezado a investigar rápida y eficientemente. El cuerpo torturado del pobre Jack, «El Fresco», indicaba con toda claridad que le habían arrancado la verdad salvajemente. Y, ahora, sabían que el «Chevrolet» estaba pintado de blanco y azul, que llevaba la placa 91-I-4.780 y que yo tenía todo el aspecto de un granjero de Iowa.

Traté de dominar la cólera que me producía la noticia. Aun aceptando mi dinero, Jack, «El Fresco», se había portado como un verdadero amigo y como a tal lo había considerado. No le reprochaba que hubiese hablado; no todos son capaces de resistir la tortura, y Jack, «El Fresco», debía haberse rendido cuando ya se sintió incapaz de soportar más el feroz tormento a que lo habían sometido aquellas bestias con apariencia humana.

Doris quiso hablar, pero la hice guardar silencio.

—Déjame —exclamé—. Tengo que pensar algo.

Era evidente que, conociendo mi aspecto, los gorilas habrían avisado a otros miembros de la organización, los cuales tratarían de saltarme al paso. ¿Cómo esquivarlos?

Consulté mentalmente el mapa. Resultaba preciso evitar Des Moines, la capital del Estado. Sauk tenía allí amigos que le harían un favor muy gustosamente. Por lo tanto, tenía que evitar empeñadamente el pasar por aquella ciudad. ¿De qué manera?

De Tanta a Des Moines hay unos doscientos veinte kilómetros. Un par de kilómetros antes de la ciudad, está el desvío que conduce a Ames, una población secundaria en la ruta de Cedar Rapids a Omaha. De Ames

tomaría otra carretera que me llevase, oblicuando hacia el noroeste, hacia Sioux City, donde, si la memoria no me fallaba, el campo estaba limpio. Podía, pues, rodar en esa dirección, con grandes probabilidades de seguir adelante sin contratiempos.

A las tres y media de la madrugada avistábamos las luces de Des Moines. Reduje la velocidad un tanto, y al llegar al cruce, desvié el coche hacia el norte. Seguiría así durante cincuenta kilómetros hasta llegar a Ames, después setenta kilómetros más hasta Fort Dodge y luego Otros doscientos hasta Sioux City, trescientos veinte en total, que suponían, entre unas cosas y otras, cerca de cuatro horas de marcha.

Empecé a sentir cierto cansancio. Desperté a Doris.

—Conduce tú un rato —dije.

Detuve el coche junto al bordillo de la carretera para hacer el cambio. Le di las instrucciones pertinentes y, apoyando la cabeza en el respaldo, empecé a dormir.

Cuando me desperté, era ya de día claro. Consulté el reloj; eran las seis y media de la mañana. De pronto, advertí que el coche estaba parado.

—¿Por qué te has detenido? —pregunté.

—La señora ha sido tan bondadosa que me ha recogido —dijo entonces una voz a mis espaldas.

Me volví como si me hubiese picado un áspid, al mismo tiempo que llevaba la mano derecha a la pistolera. Pronto vi que no era necesario.

El hombre que había hablado parecía un vagabundo. Se cubría su cabeza con un grasiento sombrero y vestía unas ropas andrajosas en extremo, al tiempo que su cara estaba cubierta de una hirsuta barba grisácea. Junto a él, divisé un hatillo y un garrote.

Doris me miró como si me pidiera perdón.

—Me dio lástima —dijo.

—Está bien —contesté, apeándome del coche—. Conduciré yo ahora.

Ella se deslizó en el asiento. Tomé el volante, a la vez que echaba una mirada al nivel de la gasolina. Estaba muy bajo.

El vagabundo pareció adivinar mi pensamiento.

—A diez millas de aquí hay una estación de servicio. Allí podrá repostar.

Puse el motor en marcha.

—Y usted, ¿a dónde se dirige, amigo? —pregunté.

—A Sioux City. Dentro de una hora llegaremos allí —contestó el individuo.

Mientras rodábamos de nuevo, ajusté el retrovisor. Había algo en el aspecto de aquel tipo que no acababa de gustarme del todo. Sí, su apariencia era la de un vagabundo, incluso hasta olía un poco a *whisky*. Pero en la situación en que me hallaba, era lógico que sospechara de todo el mundo.

Empecé a pensar. ¿Por qué un tipo semejante se dirigía a Sioux City, una ciudad grande y populosa? En cuanto la policía le viera con aquel aspecto, le echaría el guante y le encerraría quince días, acusado de vagancia. ¿Era esto lógico?

Mientras trataba de dilucidar aquel problema, llegamos a la estación de servicio, donde me detuve únicamente el tiempo necesario para repostar. Ni siquiera consentí que Doris se apeara del auto. Era preciso seguir corriendo, corriendo sin detenerse hasta Montana.

Arranqué, en tanto el vagabundo hacía reír con sus chistes a la chica. De pronto, vi que un coche salía también de la estación de servicio.

Fruncí el ceño. El hecho podría haber parecido casual, de no haber sido porque aquel coche no estaba repostando en ninguna parte. Apreté los dientes; de nuevo estaban tras nuestra pista.

Pisé el acelerador, haciendo que la aguja alcanzara la cifra setenta. El coche perseguidor se mantuvo inflexiblemente a unos doscientos cincuenta metros de distancia.

Aumenté la velocidad. El conductor del otro vehículo me imitó.

Ya no me cabía la menor duda. Otra vez venían a por nosotros.

Doris se dio cuenta de lo que me pasaba. Fue discreta y no dijo nada.

La aguja del cuenta-millas subió hasta el número ochenta. Mis esfuerzos resultaron inútiles; el otro coche mantenía invariablemente la misma distancia.

La circulación empezó a Aclararse. Cada vez se veían menos coches en la carretera. Era evidente que, en el momento en que solo quedásemos los dos, los gorilas intentarían el golpe final.

Y en aquel momento, cuando mi mente funcionaba a toda presión, tratando de buscar una salida para aquel atolladero, algo duro y frío se apoyó en mi nuca, a la vez que escuchaba una voz a mis espaldas:

—Deténgase, Mark Purvis.

8

En un instante comprendí por qué me había parecido sospechoso el vagabundo. ¡Su voz!

Su voz no correspondía al aspecto que presentaba. Era una voz clara y firme, como de un hombre de treinta a treinta y cinco años, en lugar de los sesenta que aparentaba, gracias a su habilísimo disfraz.

Debiera haber reparado en aquel detalle antes. Posiblemente, me hubiera evitado aquel contratiempo. Mas ahora ya era tarde para hacerse reproches.

Doris me miró terriblemente consternada. «Yo soy la culpable», parecía decirme con el gesto.

Hice una mueca que quería ser una sonrisa. Luego levanté la vista hasta el retrovisor, en tanto la pistola del fulano continuaba apoyada en mi nuca. El automóvil perseguidor empezaba a ganar terreno aunque muy lentamente todavía.

—Pare, le he dicho —repitió el gorila, aumentando la presión.

Eché una mirada al cuenta-millas. La aguja marcaba ochenta a la hora. En lugar de obedecer, pisé a fondo, y la aguja dio un salto brusco hasta la cifra cien.

—¡Frene o disparo! —aulló el pandillero.

Solté una risita.

—Dispare, ande —dije ofensivamente—. Apriete el gatillo. ¿Se da cuenta de lo que ocurriría si hiciese semejante tontería?

El rostro del supuesto vagabundo palideció. Podría matarme con solo apretar el gatillo, pero en cuanto lo hiciera, el coche perdería el mando y se producirá un inevitable accidente del cual él no saldría muy bien parado, por supuesto. Forcé aún más la marcha y la aguja subió hasta el número ciento diez.

—Bien —dije—, ¿y qué pasará ahora, compadre? Rodamos a ciento diez millas a la hora. ¿Se imagina lo que sucedería si el coche se saliese de la carretera a semejante velocidad?

El vagabundo masculló una imprecación.

—No podrá mantener mucho tiempo esta velocidad, Purvis —dijo—. Nos estamos acercando a Sioux City y…

—¿Y qué? Allí hay gente, policías, mucho tráfico, una agencia del FBI… Imposible continuar con la pistola en mi nuca, ¿verdad?

El tipo lo comprendió. Vacilaba, irresoluto, sin saber qué hacer.

Tomé una curva apenas sin reducir la velocidad. Luego volví a pisar el acelerador. El automóvil de mis perseguidores mantenía la distancia.

Mientras rodábamos vertiginosamente, busqué con la vista algún lugar a propósito para mí defensa. Si el tipo aquel pensaba que me iba a entregar como un corderito indefenso, se equivocaba de medio a medio.

Una curva apareció ante mí vista. La carretera atravesaba en aquel lugar un hondo desmonte, formando una especie de trinchera bastante pronunciada. A derecha e izquierda se veían numerosos árboles, pinos especialmente.

Reduje la marcha al alcanzar la curva. El coche coleó peligrosamente, en tanto que las gomas chirriaban al agarrarse al asfalto. Luego volví a acelerar.

De pronto, un camino lateral apareció ante mis ojos. El camino se escondía ascendiendo entre los pinos. Aquella podía ser nuestra salvación.

Lancé un súbito grito:

—Agárrate, Doris.

Y clavé el pie en el freno, al mismo tiempo que me echaba hacia el lado derecho.

El gorila saltó proyectado hacia adelante, chocando con el respaldo delantero. En sus ansias por buscar un asidero, soltó la pistola, que chocó ruidosamente contra el parabrisas y luego cayó al suelo del asiento delantero.

El coche coleó alocadamente. Por un momento, pareció que iba a saltar fuera del camino, pero conseguí dominarlo. Las gomas chillaron de modo ominoso amenazando con reventar en cualquier instante. Resistieron, sin embargo.

El camino lateral pasó por delante de mis ojos. Pude frenar unos metros más allá y luego, cambiando las marchas apresuradamente, retrocedí, escondiendo el automóvil en el camino, justo en el instante en que el coche perseguidor pasaba por delante de nosotros como una exhalación.

Sin embargo, aún no había terminado. El supuesto vagabundo se había rehecho del golpetazo y trataba, nada menos, el bastardo, de sacarme los ojos.

—¡Salta del coche y escóndete, Doris! —grité.

Me volví en el asiento, luchando salvajemente con el individuo. Su barba postiza se me quedó entre las manos. Le aticé con el canto de la mano en la nariz y esta empezó a chorrear sangre de inmediato.

No obstante, me di cuenta de que aquella situación no podía prolongarse demasiado. Los gorilas que nos seguían advertirían rápidamente mi estratagema y volverían sobre sus pasos. Entonces nos descubrirían y… esta vez no había ningún federal por las cercanías.

Me eché hacia atrás en el asiento delantero. Saqué la pistola, justo en el momento en que el forajido se echaba sobre mí. Gatillé un par de veces, sacándole los sesos por el techo del auto.

La mitad del cuerpo del individuo cayó sobre mí, junto con un chorro

de sangre. Lo aparté bruscamente, echándolo al asiento posterior. Luego me situé tras el volante.

El rumor de un motor que se acercaba rápidamente, llego hasta nuestros oídos. Era preciso hacer algo para deshacerme de aquellos forajidos, pero ¿cuál era el procedimiento?

Una idea se me ocurrió de repente. Salté del coche y me dirigí al portaequipajes, levantando la tapa y dejando, al descubierto las dos latas de gasolina que llevaba como repuesto. Disparé dos veces la «Luger», abriendo sendos agujeros en los recipientes, por los cuales empezó a desparramarse la gasolina en el acto.

Saqué un pañuelo del bolsillo y lo empapé en la gasolina. Mis movimientos poseían una frenética aceleración; me parecía ser el protagonista de una de aquellas antiguas películas de los primeros tiempos del cine, en que los actores se movían con un ritmo superior en rapidez al normal.

Dejé levantada la tapa del portaequipajes. A continuación, fui hacia la delantera y solté el freno de mano. El coche empezó a rodar lentamente hacia la salida del camino, situada a menos de veinte metros, en el momento en que el coche de mis perseguidores aparecía en aquel lugar.

Era preciso actuar sin pérdida de tiempo. Uno de los gorilas sacó la mano por la ventanilla y me largó un par de balazos que erraron por milagro. Mientras tanto, procurando esconderme detrás del «Chevrolet», cuyo descenso me parecía era de una agónica lentitud, busqué una piedra, que envolví en el acto con el pañuelo empapado en gasolina.

Apreté el gatillo de la «Luger» muy cerca del pañuelo. La llamarada del disparo prendió fuego a la gasolina y en el acto, sin perder un solo instante, arrojé la piedra y el pañuelo al portaequipajes.

Las llamas prendieron instantáneamente en la gasolina allí acumulada, provocando una ensordecedora explosión. Incluso pareció como si el estallido aumentara la velocidad del «Chevrolet», que inmediatamente se convirtió en una tremenda hoguera.

Corrí hacia los pinos, perseguido por un par de disparos. En aquel momento, los dos vehículos chocaban con estruendo atronador. El fuego del «Chevrolet» se transmitió al otro.

Los ocupantes del vehículo perseguidor saltaron al suelo despavoridos. Uno de ellos ardía de pies a cabeza y gritaba atronadoramente, en tanto corría unos cuantos metros, hasta que al fin se desplomó sobre el polvo del sendero.

Los otros tres se dispersaron alocadamente, tratando de cogerme entre dos fuegos. Agazapado tras un pino, tomé puntería hacia un gorila que se me acercaba cautelosamente, pistola en mano.

Esperé unos segundos. No podía permitirme el lujo de desperdiciar mis cartuchos.

El hombre se descubrió un instante. Fue suficiente para que le metiera una bala entre ceja y ceja y se desplomara hacia atrás, sin lanzar un solo grito.

Los otros dos sintieron miedo de súbito y, dando media vuelta, echaron a correr alocadamente. No quise dispararles; harto tenían con huir y escapar de la policía caminera que no tardaría en llegar al lugar del accidente, donde los dos coches ardían con furia.

La voz de Doris sonó con trémolos de angustia:

—¡Mark!

—Estoy bien —grité—. Espérame un instante.

Corrí hacia el gorila que acababa de matar. Todavía tenía la pistola en las manos. Era una «Luger» idéntica a la mía. No me molesté en llevármela, sino que le quité el cargador, más otro de repuesto que llevaba en los bolsillos.

Luego me adentré entre los pinos, mientras gritaba:

—¡Doris! ¡Doris!

—Estoy aquí, Mark.

La encontré de pronto, agazapada en el fondo de un hoyo, casi enteramente cubierto de matorrales, con el semblante falto de todo color. Se puso en pie de un salto y se me colgó del cuello.

Fue una reacción que ninguno de los dos pudimos evitar, después de haber pasado por un peligro semejante. Nos besamos y abrazamos frenéticamente y solo después de un buen rato advertí que mis labios sangraban, como consecuencia de las huellas de los dientes de Doris. Pero no lo hizo por voluptuosidad ni mucho menos, sino por un espasmódico movimiento independiente por completo de su voluntad, lógico gesto de nerviosismo después de un suceso como el que nos había tenido a dos pasos de la muerte.

Pronto, sin embargo, recobramos la cordura. Una sirena policial, sonando a lo lejos, se encargó de recordárnoslo.

Agarré a Doris de la mano y eché a correr.

—¡Vamos!

Nos adentramos a través del bosque de pinos, huyendo del camino. Ahora teníamos que escapar, no solo de los tentáculos del pulpo, sino de las garras de la policía.

Corrimos durante un buen rato, a través de aquellas colinas cubiertas enteramente de pinos y abetos, hasta que nos fallaron las fuerzas y la respiración nos faltó. Entonces nos dejamos caer al suelo, exhaustos, jadeantes, cubiertos de sudor de pies a cabeza. En lo que a mí respecta, sentía que el corazón me bataneaba locamente las costillas, como amenazando rompérmelas de nuevo.

Permanecimos durante largo tiempo tendidos en el césped, en completó silencio, sin que se oyera otro ruido que el tenue rumor de la brisa al pasar

por entre las hojas de los árboles y el sordo resollar de nuestros pulmones aspirando y expirando aire con avidez. Al cabo de un rato, nos sentimos mejor y pudimos sentarnos en el suelo, en un lugar completamente silvestre y, al parecer, inhabitado.

—¿Dónde estamos? —preguntó la chica.

Me encogí de hombros.

—Por el momento, vivos.

Ella sonrió.

—Sí, es una buena respuesta. Estamos vivos —y luego, mientras su hermoso semblante se cubría de rubor, añadió—: Mark, estoy completamente avergonzada y ni siquiera me atrevo a mirarte a la cara.

Tomé sus manos entre las mías y se las oprimí afectuosamente.

—Bueno, olvídalo. Un error lo comete cualquiera… y espero que tú no volverás a cometerlo.

Doris tuvo un rasgo de humor:

—Desde luego, no sé cómo podría repetirlo, sin coche con el cual recoger a un vagabundo.

—Es cierto —murmuré. Luego hice un breve cálculo—. Debemos, debíamos, mejor dicho, hallarnos a unos sesenta kilómetros de Sioux City. Esto quiere decir que hasta Montana nos quedan todavía mil quinientos kilómetros… en línea recta.

Doris se estremeció.

—¿Cómo haremos para llegar hasta allí? —pregunte.

—Es verdad —exclamé—. Lo había olvidado.

Callamos durante unos momentos. Mientras tanto, me dediqué a buscar una solución que nos sacara del atolladero. Aproximadamente, nos hallábamos a sesenta kilómetros de Sioux City, pero en nuestras condiciones, tanto daba para nosotros como si dicha ciudad estuviese enclavada en la Luna. No podíamos salir a la carretera porque inmediatamente nos detendría alguna patrulla caminera y si no lo hacíamos así, la distancia citada suponía dos días de marcha a pie y a través del campo, cosa poco agradable cuando se sabe que no se dispone ni de un mal palillo de dientes con el cual entretener las mandíbulas.

Afortunadamente, me quedaba todavía el dinero. Y con dinero, se puede llegar muy lejos.

Me puse en pie y obligué a Doris a hacer lo mismo.

—Vamos —dije.

—¿A dónde, Mark?

—Lo primero, en busca de comida; estoy desfallecido. Después, en busca de algo que tenga cuatro ruedas y no sea una bicicleta de chico.

—Una bicicleta tiene solo dos ruedas —observó ella.

—Ya lo sé; por eso busco un cacharro con cuatro. Doris me miró un instante. Luego rompió a reír.

Y yo, liberado por unos instantes de la agobiadora tensión nerviosa a que había estado sometido durante unos momentos, también reí estruendosamente.

9

Nos acercamos a la granja que se veía al otro lado de la valla con toda precaución. El edificio estaba allí, a unos setenta u ochenta metros de nosotros, sombreado por un grupo de copudos castaños de Indias. Parecía una granja no demasiado próspera, aunque sí se veía limpia y bien cuidada.

Súbitamente, un ladrido atronador nos obligó a echarnos hacia atrás. Un enorme perrazo surgió ante nosotros, como brotado del suelo, ladrando ensordecedoramente.

—Quieto —dije, pero el perro continuaba alborotando a más y mejor.

Doris intentó calmar los furores del can, con idéntico resultado. El animal nos decía claramente que si intentábamos atravesar la valla, arremetería contra nosotros. ¡Y qué colmillos enseñaba, Dios santo!

Los ladridos atrajeron la atención de los dueños de la granja. Un hombre apareció en el umbral de la puerta, armado con una escopeta de dos cañones.

Caminó hasta nosotros con el arma prevenida. Tenía unos cincuenta años de edad y, aunque parecía buena persona, en aquellos momentos nos miraba con sumo recelo.

Llegó hasta la valla y se detuvo a cuatro metros de nosotros.

—¡Calla, «Teddy»! —exclamó.

El perro soltó un par de aullidos más. Entonces, el granjero le arreó un puntapié y el animal huyó, quejándose lastimeramente.

Me quité el sombrero por un instante. Aparte de saludar, era conveniente que el granjero me viera el pelo negro, por si tenía que dar referencias de mí.

—Buenas tardes, amigo —dije—. Sufrimos un accidente en la carretera y, buscando ayuda, nos hemos perdido. ¿Podría usted, pagando por supuesto, darnos algo de comer?

Estábamos desfallecidos. No habíamos desayunado, habíamos caminado durante casi cuatro horas y eran ya las cinco y media de la tarde.

Metí la mano en el bolsillo y saqué un billete de diez dólares.

—¿Le convencerá esto, amigo? Me llamo Bob O'Farril y esta es mi esposa.

—Clem Hury —contestó el granjero con acento renuente—. Está bien, pasen —dijo al cabo.

Levanté en vilo a Doris y la hice saltar al otro lado de la valla. Luego realicé yo la misma operación, entregando a Hury el billete prometido.

—Síganme.

El granjero echó a andar, situándose a un costado de modo que pudiera vigilarnos con el rabillo del ojo. Caminamos durante unos minutos, al cabo de los cuales llegamos a la casa, en cuya puerta se hallaba su esposa.

—Ellen, te presento a los señores O'Farril. Mi esposa —dijo Hury sencillamente, dirigiéndose a nosotros.

Saludamos brevemente. Hury siguió:

—Prepárales algo de comer, ¿quieres, Ellen?

—Con mucho gusto. Pasen, por favor —dijo la mujer con acento benévolo.

Entramos en la casa, la cual, pese a su modestia, era limpia y acogedora. La señora Hury nos enseñó el baño.

—Pueden asearse ahí, si lo desean.

Doris fue la primera en entrar. Yo esperé en la salita de estar, fumando un cigarrillo. Hury trajo una botella y echamos un par de tragos juntos, cosa que, francamente, me sentó muy bien. Realmente, me parecía imperdonable no haber puesto una botella en la guantera del coche. Claro que ahora se habría evaporado el licor con el incendio, pero, mientras tanto, podía habernos servido. Remediaría el olvido en la primera ocasión que tuviera, me prometí.

De repente, Hury dijo:

—¿Oyó la noticia, señor O'Farril?

—¿Qué noticia? —pregunté.

—La radio ha dicho que dos automóviles chocaron en el cruce del camino viejo de Point Sparrow, con la ruta general de Fort Dodge a Sioux City. Tres hombres murieron en el accidente, pero dos de ellos tenían varias balas en el cuerpo.

Ignoré deliberadamente la suspicaz mirada del granjero.

—Es la primera noticia que tengo, señor Hury —contesté—. Además, nosotros venimos de Mason City y, eso, como usted sabe, está mucho más al norte.

—Sí, claro —contestó Hury, pegándole un tiento a la botella. Le imité, mientras empezaba a sentir cierta aprensión, pero no me atrevía a entrar al granjero por la vía monetaria, no fuera que en el último momento nos hiciese alguna trastada.

Mientras hablaba, reparé en que había una vieja camioneta en el patio trasero de la casa. Seguramente, era el vehículo con el cual Hury transportaba al mercado los productos de su granja. Sin embargo, me abstuve por el momento de hacerle ninguna insinuación; era preciso esperar el momento más conveniente.

Doris vino poco después.

—Tómate un trago —la recomendé—. Es un licor estupendo. ¿Lo hace usted mismo, señor Hury?

Formulé la pregunta mientras le guiñaba un ojo. El granjero

comprendió y se echó a reír. Mis palabras habían roto el hielo.

—No —contestó—. Un amigo mío, de toda confianza.

—Debe confiar, usted mucho en él, ¿verdad? —dije, repitiendo el guiño, con lo que Hury volvió a reír. Demasiado conocía yo los licores para no saber que aquel que había estado bebiendo procedía de un alambique clandestino.

Deje a Doris con el granjero y me encaminé al cuarto de baño. Cerré la puerta con llave y me examiné ante el espejo con aire crítico.

Mi aspecto físico era bueno. Solo tenía un moretón en el lado izquierdo de la frente, como consecuencia del golpazo recibido al frenar. Pero, en cambio, tenía la cazadora manchada de sangre, la que había derramado el vagabundo al morir sobre mí. En medio de todo, había tenido la prenda abierta durante la pelea, de modo que la mayor parte de la sangre había ido a parar a mí camisa, en la cual se disimulaba bastante a causa del color rojo granate de la misma. Pero sabía que Hury se había percatado del detalle y por eso sospechaba tanto de nosotros. ¿Qué haría mientras tanto? ¿Llamaría a la policía?

Me lavé rápidamente, prometiéndome a mí mismo entrar en materia sobre la adquisición de la camioneta apenas tuviera ocasión. Antes de dos horas sería ya de noche y para ese tiempo quería estar ya de nuevo en campaña.

Cuando salí del baño, la mesa estaba ya dispuesta. La señora Hury era una magnífica cocinera y nos sirvió una cena estupenda: patatas hervidas, mantequilla, compota de fresa, pollo frito, pan casero y café. Doris y yo caímos sobre las provisiones como lobos hambrientos.

A mitad de la comida, cuando mi apetito estaba un tanto más calmado, señalé con el tenedor a la ventana próxima, a través de la cual se divisaba la camioneta.

—Ese es el vehículo con el cual lleva usted sus hortalizas al mercado, ¿no es así, señor Hury?

—Sí —contestó el granjero amargamente—. Pero ya me está resultando pequeña y quiero comprarme otra.

—Ilusiones, Clem —dijo su esposa ácidamente—. Te lo comprarás el día en que tu hija te haya dado el primer nieto. Y todavía ha de casarse con Andy Mac Cullough, de modo que...

—Y el poco dinero que tengo ahorrado para la nueva camioneta, se me lo llevará Susie con su ajuar de boda —se quejó el granjero—. ¿Por qué a los jóvenes de hoy día se les ocurrirá casarse tan temprano?

—Clem, Susie tiene diecinueve años. ¿No crees que ya es hora de que funde un hogar? ¿O es que ya no le acuerdas de que cuando me casé contigo había cumplido el día anterior los dieciséis años?

—Bueno, pero aquellos eran otros tiempos...

—Para nosotros, pero no para Susie. Vamos, come y no amargues la

comida a nuestros huéspedes con tus problemas.

—Un momento —dije. Era preciso aprovechar la coyuntura tan favorable que se nos presentaba—. Disculpe que me mezcle en sus asuntos, señor Hury, pero ¿cuánto le falta a usted para poder comprarse la nueva camioneta?

—Mil doscientos dólares, señor O'Farril.

Doris me miró a través de la mesa. Su gesto indicaba que había comprendido mi problema.

—¿Y le funciona bien esta que tiene ahora? —seguí.

—Ya lo creo. Es vieja, pero la cuido mucho. No soy como otros granjeros que se compran una camioneta y al año que viene la tienen hecha una ruina. Compré la mía hace quince años y, si no temiera ser tachado de exagerado, diría que funciona como el primer día.

Empecé a juguetear con el tenedor sobre la mesa.

—Escuché, señor Hury —dije—. Nosotros necesitamos un vehículo. Hemos de estar en… en Butte, Montana, antes de cuarenta y ocho horas. Se trata de la lectura de un testamento. El tío de mi mujer murió, era un tipo excéntrico, aunque con bastante dinero. Bosques madereros, ¿comprende?

Hury emitió una sonrisa de asentimiento.

—Siempre hay tipos chiflados. Seguro que exigió que todos sus herederos estuvieran presentes en el momento del testamento o de lo contrario no les dejaría leña ni para encender el fuego de la chimenea.

—Exacto, señor Hury —dije—. ¿Qué tal si usted me cediese su camioneta? Yo podría pagarle esos mil doscientos dólares, con lo cual, ambos obtendríamos un beneficio positivo.

Hury miró a su esposa.

—Nena, ¿qué te parece?

La señora Hury rezongó:

—Tú tendrás camioneta, pero Susie tendrá que ir a la iglesia vestida con sacos.

—Yo le regalaré el traje de boda —dijo Doris impulsivamente. Me miró con intenso cariño, no tan fingido, después de todo, y dijo—: Señora Hury, yo también sé lo que es tener que ir a la iglesia vestida corrientemente. Bob y yo éramos muy pobres entonces, pero ¡nos amábamos tanto! ¡Vamos, Bob —me increpó—, no seas roñoso y regálale a Susie Hury su traje de novia!

—Está bien, está bien —rezongué, siguiendo la comedia—. Si tú lo dices, preciosa… —miré a la esposa del granjero—. ¿Cuánto vale ese traje de novia que Susie desea tan ardientemente, señora Hury?

—Pues, ochenta y cinco dólares…

—Dale doscientos y que se compre el mejor traje que encuentre en Sioux City, Bob.

—Está bien —dije, fingiendo un pequeño enojo. Saqué el rollo de

billetes del bolsillo y conté quince de cien—. Tome, señor Hury, aquí hay mil quinientos dólares.

Cien más van como regalo mío, para que la señora Hury vaya bien elegante ese día a la iglesia.

La granjera se enterneció.

—Susie llevará traje blanco —dijo—. Yo tampoco pude llevarlo el día que me casé. Encuerdo que era invierno y tuve que contentarme con un ramo de azaleas.

—¿Y te quejaste por ello? Bien satisfecha que estabas en el momento de la ceremonia —dijo Hury.

—Eso era porque no sabía lo que iba a pasar durante treinta años a tu lado. Escuchen —se dirigió a nosotros—; estuvimos once años esperando a Susie. Ya creíamos que Dios no nos iba a dar hijos cuando…

Hury se puso en pie.

—Ellen, no compliques a nuestros huéspedes con tus asuntos sentimentales —se volvió para mirarme—. Señor O’Farril, voy a prepararle el vehículo mientras tanto. Le llenaré el tanque de gasolina y le pondré una lata de repuesto con veinte litros por si se quedasen sin combustible a mitad de camino.

—Una buena idea, señor Hury —aprobé.

10

Doris exhaló un fuerte suspiro y apoyó la cabeza en mi hombro.

—Me parece volver de nuevo a la vida —exclamó.

Rodábamos a una velocidad moderada de unas treinta y cinco millas a la hora, ya que el viejo cacharro no daba más de sí. Evidentemente, Clem Hury había exagerado sus buenas cualidades, ya que el motor sonaba a Veces como si hubiese un par de gatos peleándose en su interior, las maderas de la carrocería crujían lastimeramente y las ruedas delanteras estaban faltas de ajuste direccional, entre otros defectos menos importantes. Pero lo interesante era que estábamos sobre un cacharro de cuatro ruedas y que este, aunque lentamente, nos conducía hasta nuestro destino.

Era ya de noche. Los faros rasgaban la oscuridad, abriéndonos un camino de luz. La camioneta traqueteaba monótonamente, de tal modo que Doris empezó a dormirse, apoyada su cabeza en mi hombro.

Antes de cerrar los ojos, sin embargo, me dijo:

—Mark.

—¿Sí, preciosa?

—¿Recuerdas que dejamos una conversación interrumpida?

—¿A qué te refieres? —pregunté.

—Te pregunté cómo te descubrió Sauk. Tú dijiste que era ya tarde para seguir hablando.

—¿Y no lo es ahora? ¿Por qué no procuras dormir?

—No lo haré hasta que me lo hayas contado, Mark. Lancé un suspiro.

—Todos los humanos estamos expuestos a cometer errores —dije—. Mi hermano acepto al fin entrar a formar parte del *gang* de Sauk. Puso como condición que debía cambiarse el nombre, cosa que le aceptaron, y empezó a llamarse Tony Zandolo a partir de aquel momento. Bueno, luego ya sabes; un buen día le metieron una ráfaga de metralleta en la tripa y allí se acabó Tony Zandolo.

»Yo fui a su entierro. Supe disimular. Hubiera empezado a tiros con todos cuantos le habían arrastrado a aquella vida, pero ¿qué hubiera conseguido? Recibir un balazo, y allí se hubieran terminado los Purvis pava siempre. Con que, al finalizar el entierro, me ofrecí a Sauk. Le dije que ansiaba ardientemente vengar a mí hermano. El aceptó. Naturalmente, no entendió el doble significado de mis palabras. Y así, poco a poco, fui convirtiéndome en su hombre de confianza…

Doris se separó de mi hombro, y me miró con horror.

—Mark —exclamó—, ¿mataste a alguien en ese tiempo?

Mis manos se crisparon sobre el volante.

—Todos eran granujas que no merecían vivir. Nunca, levanté la mano contra una persona decente. No fui un pistolero a sueldo en el estricto sentido de la palabra, si es a eso a lo que te refieres, querida; nunca llevé a pasear a nadie. Todos los que murieron a mis manos, lo fueron frente a frente y con una pistola en la mano, como yo. Pero lo interesante es que legué a granjearme la absoluta confianza de Sauk y que, poco a poco, me fui enterando de todos sus secretos. Ya te he dicho que en los últimos tiempos era como una especie de inspector de sus negocios y que, a veces, estas inspecciones me llevaban a miles de millas de Nueva York. Conocí a gentes prominentes, cuyos nombres te causarían asombro y horror, mezcladas en asuntos criminales, de los cuales obtenían sustanciosos ingreses. Todos estos se sienten ahora amenazados y por ello quieren mi perdición.

—¿Y cómo se enteró Sauk de tus propósitos? Inspiré profundamente.

—Hasta el cazador más avezado comete a veces un error que le pone en las garras de la fiera. Tu hermana empezó a mirarme con buenos ojos y un día me sorprendió haciendo una llamada telefónica bastante indiscreta. Ella intuyó la verdad y tuve la debilidad de confiársela. Pero Sauk empezó a sospechar de Paula, y cuando tuvo la certeza casi absoluta de que ella me quería, la atormentó. No la reprocho por haber hablado; los sicarios de Sauk son unas fieras cuando torturan a alguien. Y Paula no pudo soportar el tormento, eso fue todo.

—Y Sauk terminó de rematarla.

—Así es —respondí—. Entonces, cuando me enteré de lo sucedido, hui. Y todavía continúo huyendo.

Guardamos silencio durante unos minutos. Al cabo, dije:

—Y tú, ¿cómo supiste que me encontraba en el Hospital de Veteranos de Harrisburg?

—Al enterarme de la muerte de Paula, recordé la carta que ella me había escrito. Encargué a un investigador privado que indagase tu paradero.

—Pero, no comprendo cómo te aceptaron en el hospital en calidad de enfermera.

—Tengo el diploma correspondiente expedido por el Bellevue Hospital de Nueva York. Solicité una plaza en el de Harrisburg y me la concedieron, aunque con carácter temporario, hasta tanto hubiera una vacante definitiva y consolidara el empleo en propiedad —sonrió—. Tu convalecencia no me ha dado lugar a ello.

Pasé la mano por sus hombros con un gesto lleno de ternura.

—Si salimos de esta, querida —dije—, continuarás curándome durante muchos años.

Ella ronroneó como una gata. Luego, apoyó la cabeza en el respaldo y

empezó a dormir.

A las tres y media de la madrugada, detuve la camioneta en un parador, no lejos de Pierre, ya en Dakota del Sur, lamentando en mi interior los escasos cuatrocientos kilómetros que habíamos ganado en casi siete horas de viaje, cuando con el coche hubiéramos podido avanzar trescientos más. Pero, en fin, la camioneta nos disimulaba notablemente, y esta era una ventaja nada desdeñable.

Tomamos unos bocadillos y café. Repostamos de combustible el vehículo, después de lo cual reanudamos la marcha, ahora con Doris al volante.

Me dormí de inmediato y no me desperté hasta que fue de día. Aun así hubiera continuado durmiendo, a no ser porque sentí en el hombro un codazo de la muchacha.

—¿Qué hay, Doris? —pregunté irguiéndome en el asiento.

—Me parece que ya los tenemos otra vez a los alcances.

Una sacudida eléctrica conmovió bruscamente mi cuerpo. ¡De nuevo se oían los ladridos de la jauría!

—¿Cómo lo sabes?

—Lo supongo, está mejor dicho —respondió la chica—. Hace unos momentos nos pasó un automóvil negro, ocupado por cuatro individuos cuya catadura no me gustó en absoluto. Rodaban a unas cuarenta y cinco millas a la hora, demasiado poco para un coche de semejante categoría. Uno o dos de ellos me miraron sin mucho interés. Luego siguieron su camino.

Reflexioné durante unos minutos. La organización andaba buscándome a todo trance. Sus individuos debían recorrer las carreteras continuamente, investigando con extremada minuciosidad todos los vehículos que podían parecerles sospechosos. Era cierto que yo estaba dormido, con el sombrero sobre la cara, cuando los pandilleros nos habían alcanzado, y que el pelo de Doris parecía una llama viva después de teñido, aparte de que no se quitaba las gafas oscuras un solo momento. Pero ellos eran muy listos, tremendamente listos.

¿Y si habían interrogado a Sam Hury?

Me pareció poco probable. La granja de Hury estaba situada a dieciséis millas al menos del lugar donde habían ardido los coches, hacia el norte en un lugar muy poco transitado, y los gorilas podían ser listes y hábiles en muchas cosas, menos en rastrear nuestras huellas a través del campo. La única explicación posible era que la organización había desencadenado una gigantesca caza del hombre, empleando una ingente cantidad de esbirros, recorriendo, como he dicho, todas las carreteras de norte a sur y de este a oeste. Sabían que debíamos habernos procurado un vehículo para continuar viaje a Montana y estaban buscando ese vehículo.

—¿Y bien? —dijo ella al cabo de unos momentos de silencio.

—Sigue rodando a la misma velocidad y no te preocupes —contesté—. Quizá se trate de una falsa alarma.

Ella suspiró, y su bien formado busto dilató la tela de su camisa.

—Ojalá sea cómo piensas, Mark —musitó.

Veinticinco millas más adelante, un coche negro se cruzó con nosotros. Lo miré atentamente bajo el ala del sombrero, pese a qué nos cruzábamos a una velocidad conjunta de unas ochenta millas.

El corazón me dio un vuelco. Dos años y medio de tratar continuamente con forajidos de toda clase, me habían conferido la experiencia suficiente para reconocerlos al primer golpe de vista. Y aquellos cuatro fulanos llevaban estampada la profesión que desempeñaban en sus rostros y en sus vestimentas.

—¿Son ellos, Doris? —pregunté.

—Sí, Mark.

Medité unos segundos. Ahora ya no me cabía la menor duda. Nuevamente teníamos ante nosotros olio escollo que era preciso salvar. Estaba seguro de que, una milla más atrás, el coche estaba dando la vuelta para lanzarse en nuestra persecución. Y con el vehículo que montábamos, era una pura utopía soñar siquiera en evadirse.

De pronto, una carretera lateral, que tenía el aspecto de ser poco o nada transitada, nos salió al paso.

—A la derecha, Doris —ordené perentoriamente.

La muchacha obedeció sin vacilar. La camioneta giró y nos adentramos por aquel camino, que ascendía lentamente hacia las montañas, describiendo suaves curvas.

A quinientos metros de la bifurcación la mandé parar.

Ella me miró temerosamente.

—¿Qué es lo que piensas hacer, Mark? —dijo.

Le entregué el «38» que había capturado a uno de los pistoleros.

—Úsalo si ves que es necesario. Mientras tanto, guárdalo bajo la camisa.

Ella desabrochó un botón de su camisa y metió allí el revólver. Para entonces, yo me había bajado ya de la camioneta y estaba soltando la válvula de aire de una de las ruedas delanteras.

Era un albur desesperado el que estaba corriendo, pero no tenía otro remedio. El aire se escapó silbando y la llanta descansó bien pronto en el suelo…

En aquel momento, el automóvil negro apareció en la próxima curva.

—Ven, Doris —ordené—. Finge que estamos examinando la rueda.

Ella se apeó, dando la vuelta al motor. Se inclinó hacia adelante, apoyando las manos sobre sus rodillas, de espaldas a la carretera.

—Mark —dijo en voz muy baja—, tengo miedo.

—Yo estoy temblando —contesté. Y no era ninguna metáfora.

De pronto, el automóvil negro se detuvo a nuestra altura. Una voz brotó del asiento delantero:

—¿Necesitan algo, amigos?

Me enderecé, girando lentamente sobre mis talones. Al enfrentarme con los tipos del automóvil, ya tenía mi «Luger» en las manos.

—Sí —contesté con voz dura—; ese coche.

11

Durante unos instantes, los bandidos se quedaron estupefactos, asombrados por aquella reacción que ciertamente no esperaban.

Uno de ellos, sin embargo, trató de echar mano a su pistolera. Gatillé, y la bala le atravesó la mano y el costado correspondiente. El tipo se derrumbó hacia atrás, lanzando un aullido.

Los otros permanecieron quietos.

—¡Fuera del coche! —dije perentoriamente—. Pongan todos las manos en la nuca y salgan uno a uno y sin hacer el menor movimiento sospechoso, o les freiré a balazos. La chica también tiene un revólver, como pueden ver, y les aseguro que sabe utilizarlo.

Los gorilas se consultaron con la mirada. El que estaba al volante trató de salir por el lado opuesto, pero le contuve con una orden perentoria:

—¡Quieto ahí! Salga por el lado del centro del camino.

Dos forajidos saltaron a tierra.

—Las manos en la nuca y vueltos de espaldas a mí.

Obedecieron en el acto. El chofer salió también y se colocó en la misma postura.

—No ganará nada con esto que hace, Purvis —dijo un rufián—. Hay otro coche en la misma carretera y nos alcanzará dentro de poco. ¿Sabe? Llevamos una emisora portátil y nos comunicamos cada diez minutos.

Les dijimos que habíamos avistado un vehículo con dos tipos sospechosos dentro y pronto vendrán a investigar. Cuando pasen diez minutos y no reciban nuestra comunicación, sabrán que hemos dado con ustedes y que estamos en sus manos. ¿Se figura el resto, Purvis?

—Y usted —retruqué—, ¿se figura lo que haré si no se calla? De todas formas, gracias por la advertencia. Ahora, el primero de la derecha apoyará ambas manos en el coche y permanecerá en esa postura hasta que yo lo diga. Los otros dos, sepárense cuatro pasos a la izquierda.

El herido continuaba gimiendo dentro del auto. Los gorilas obedecieron, ejecutando exactamente lo que les decía. Desarmé al primero y luego lo hice separarse a un lado, dejándolo bajo la vigilancia de la muchacha.

—Doris —dije—, mantente siempre a cuatro pasos de él. No le dejes que mueva una sola pestaña. Ten en cuenta que si él pudiera, no tendría la menor compasión contigo.

—Sí, Mark.

Desarmé a los otros dos. Acto seguido, ordené a uno de ellos que sacara al herido del interior del automóvil, desarmándolo igualmente. De este

modo pude hacerme con dos automáticas y dos revólveres, que pasaron a mí poder.

—Ahora —continué—, todos a sentarse en el suelo.

—¿Qué diablos quiere hacer con nosotros, Purvis? —preguntó uno de ellos.

Le solté un taponazo que le pasó rozando la oreja.

El fulano se sentó en el suelo, lívido de miedo.

Los otros le obedecieron al instante.

—¡A descalzarse, esbirros!

Rezongaron, blasfemaron, me llamaron hijo de perra y a Doris una fea palabrota, pero se descalzaron.

—En pie, bastardos. Cojan a su compañero y llévenselo con ustedes. No vuelvan la vista atrás. Al primero que lo intente, le meteré un plomo en la nuca.

Dos de los gorilas cogieron por debajo de los brazos al herido y empezaron a caminar. El tercero se unió a ellos. Hubiera dado risa verles andar de aquel modo, evitando cuidadosamente los pequeños guijarros del camino, a no ser porque la cosa era demasiado seria para reír.

Cuando estuve seguro de que no podía temer nada de ellos, traspasé la lata de repuesto que había en la camioneta al automóvil. En la parte delantera hallé la prueba de que los *gangsters* no me habían mentido: una emisora portátil de las que usa el Ejército yacía sobre el asiento. Saqué la antena y agarrándola por esta, como si fuera un látigo, la estrellé contra el suelo.

Acto seguido, subí a la camioneta. Doris me miró con ojos desorbitados por el espanto.

—¡Mark! ¿Qué haces?

—Ahora lo verás, nena.

Di la vuelta al vehículo, situándolo en posición completamente inversa. La cosa me costó un poco de trabajo, a causa de la rueda deshinchada, pero pude conseguirlo al cabo. Después, quité el gas, pero no puse el freno.

Salté al suelo cuando el vehículo hubo adquirido cierto ímpetu. Los pandilleros estaban ya a unos cien metros y se dispersaron apresuradamente al ver aquel bólido que se les echaba encima a toda velocidad. Hasta el herido olvidó el balazo y corrió como un loco en busca de la salvación. La camioneta acabó saliéndose en la curva más próxima y volcó aparatosamente a un lado.

De este modo, suprimía un posible vehículo de transporte para aquellos rufianes. No porque temiera que pudieran perseguirme con la camioneta, sino para evitar que fueran con ella en busca de un automóvil más rápido.

—Bien —dije, apenas hube concluido—, ahora conducirás tú, Doris. Yo tengo que hacer algo.

La muchacha obedeció sin replicar. Me senté a su lado, y mientras el

automóvil rodaba a toda velocidad, empecé a repasar las armas que había arrebatado al cuarteto.

Una de ellas estaba completamente inutilizada. Era la del tipo que había recibido el balazo, y el proyectil había destrozado el gatillo. Extraje los cartuchos, afortunadamente intactos, y la arrojé por la ventanilla todo lo lejos que pude.

Me quedaban, además de mi propia «Luger» y del «38» que llevaba la muchacha, otra «Luger», un «Colt 45» automático y un «Smith and Wesson 38» de caño largo. Un buen arsenal para defenderme de aquellos tipos si volvían a atacarnos.

Rodamos durante quince millas a buena marcha, no tan rápida como hubiéramos deseado, ya que el suelo de aquella carretera secundaria dejaba bastante que desear. Me sorprendió no ver tráfico alguno en la misma, pero ocupado como estaba en mis propios problemas, no presté atención al detalle.

Media hora más tarde de haber arrancado, Doris lanzó un grifo:

—¡Mark, nos siguen!

Volví la vista, atrás. A lo lejos, en una de las numerosas curvas de la carretera, que ascendía serpenteando por las montañas, pude ver una espesa nube de polvo. La nube avanzaba con una velocidad que calculé muy superior a la mía.

La carretera se estrechó de pronto, haciéndose aún más accidentada. Trepaba por unas laderas cubiertas casi enteramente de pinos y abetos, lo cual no debía extrañarnos si recordaba que nos hallábamos en plenas Montañas Negras de Dakota.

Fruncí el ceño. Empecé a sospechar que nosotros mismos nos habíamos metido en una trampa sin escapatoria posible.

Doris aceleró la marcha. El auto empezó a saltar y a rebotar por una carretera cuyo abandono se hacía más y más patente a cada momento que transcurría. Una súbita idea acudió a mí mente, helándome la sangre en las venas. ¿A dónde íbamos? ¿Cuál era el final de aquella carretera?

Volví la vista atrás. Los bandidos continuaban implacablemente siguiéndonos. La distancia, que había sido originariamente de casi tres millas, se había reducido en una tercera parte. Ganaban terreno lenta, pero constantemente.

Doris me arrojó una rápida mirada, llena de aprensión.

—Sigue adelante y no te preocupes —dije.

Y, de repente, sobrevino el desastre. La carretera se acabó.

Doris lanzó un grito, al mismo tiempo que aplicaba el freno. Luego, de repente, se tapó el rostro con las manos y se echó a llorar.

12

Era cierto; nos habíamos metido en una trampa de la cual no había escapatoria posible, un callejón sin salida, en cuya entrada nos aguardaba la muerte.

Los gorilas estaban a dos millas detrás de nosotros. Delante, no teníamos sino las montañas... y las instalaciones de una vieja mina abandonada.

Los cobertizos se pudrían lentamente, en tanto que la maquinaria de extracción se oxidaba día a día. El lugar donde nos habíamos detenido, al salir de la última curva, era una amplia explanada circular, rodeaba por todas partes por los edificios e instalaciones, excepto por el lugar donde habíamos venido.

No obstante, me fijé en un detalle. Había un pequeño espacio abierto hacia el sur, donde un profundísimo valle cortaba en dos las montañas. La carretera serpenteaba durante casi todo el rato, plegándose a los accidentes del valle, cuya profundidad máxima, con respecto al lugar en que nos hallábamos, era de unos doscientos cincuenta metros, en tanto que su anchura era de unos cuatrocientos. Por el fondo del mismo corría impetuosamente un riachuelo de agitadas espumas, que apenas si se veía como una cinta blanquiazul a causa de la distancia que nos separaba del mismo.

Las paredes del valle, que más semejaba un cañón, eran lo bastante empinadas como para no poder descender por él con la suficiente rapidez, sin ser alcanzados antes por los disparos que seguramente nos harían los forajidos, apenas nos tuvieran a tiro. Y casi estaba seguro de que llevaban algo más que simples pistolas, con lo que el alcanzarnos sería cuestión solamente de una apuesta a ver cuál de ellos tenía mejor puntería.

En aquellos momentos tan angustiosos; reparé en un detalle que casi me había pasado desapercibido hasta entonces. Unos gruesos cables cruzaban el valle en toda su longitud y habían servido antaño para el transporte de mineral por medio de un tren de vagonetas aéreas. En resumen, era un teleférico.

Una idea se me ocurrió de repente.

—¡Doris, conduce el coche hasta la entrada de la explanada y déjalo allí atravesado! ¡Pronto, no pierdas un segundo!

La chica era obediente. No preguntó ni por un momento a qué se debía aquella orden tan incongruente en apariencia. Se llevó el coche, en tanto que yo corría hacia las instalaciones del transbordador aéreo.

Pegué una patada a una puerta, la cual saltó en astillas, despidiendo

una espesa nube de polvo. Asomé la cabeza; aquel barracón había sido destinado a la administración. No era eso lo que yo buscaba.

Busqué en otro, con el mismo resultado. En un tercer edificio, estuve a punto de precipitarme en un hoyo que se me apareció de repente. Era uno de los pozos de la mina y el montacargas debía hallarse en el fondo.

Por fin encontré lo que buscaba. El motor del teleférico. ¿Funcionaría aún al cabo de tantos años?

No funcionaba, ¿cómo podía suponer una cosa semejante? Me tiré de los pelos. ¿Estaba condenada mi idea al fracaso?

La voz de Doris sonó en la explanada con trémolos de angustia:

—¡Mark! ¡Mark!

Me asomé a la puerta.

—¡Estoy aquí! —respondí.

Nuestras voces rebotaron por los paredones del valle con ominosos ecos, rompiendo el silencio que había durado tantos años. La chica corrió hacia mí.

—Mark, están a punto de llegar —dijo, casi llorando.

Busqué desesperadamente la solución. Si no la hallaba, tendríamos que internarnos en las montañas, sin comida ni bebida, ni mantas para resguardarnos del frío por las noches y ferozmente perseguidos por aquellos sabuesos. Una perspectiva poco agradable, desde luego.

Y, de pronto, resolví el problema. La enorme rueda dentada que movía el mecanismo del transbordador aéreo estaba allí, sobre su eje, no lejos del motor eléctrico que la proporcionaba energía. El motor no funcionaba, por falta de corriente, pero se veía que, a intervalos regulares, alguien subía y mantenía en buen estado los mecanismos para el caso de que la mina volviera a trabajar algún día.

Busqué la uña-pestillo que aseguraba la rueda. Era enorme y precisé de todas mis fuerzas para poder desencajarla. Pero lo conseguí al cabo.

La rueda giró una décima de vuelta apenas y luego se detuvo. Para lo que yo quería, era suficiente, sin embargo.

Al lado de la rueda dentada, había otra con una ranura por la cual pasaba el cable transportador.

—¡Ayúdame, Doris! —grité, aferrándome al cable con ambas manos.

La chica comprendió mis intenciones. Los dos empezamos a tirar del cable, empleando tedas nuestras fuerzas.

El ruido de un motor llegó débilmente hasta nuestros oídos. Esto nos sirvió de acicate.

Posiblemente, en circunstancias ordinarias, no hubiéramos podido mover aquella pesada maquinaria. Pero cuando se trata de salvar la propia vida, hasta el mundo movería uno tan solo con las manos.

Chirrió un engranaje. Sonó el «crick-crack» de unos dientes de hierro que chocaban entre sí. La gran rueda dentada empezó a girar lentamente.

—¡Más, más todavía! —aullé, con la frente bañada en sudor.

Una nueva idea se me ocurrió de pronto.

—Sigue tirando, Doris —grité.

Corrí hacia la rueda dentada y apoyé ambas manos en uno de sus grandes radios, impulsándolo con ambas manos. La rueda aumentó la velocidad de su giro.

—Mark —gimió ella—, están ahí ya.

El ruido del automóvil se percibía cada vez más próximo.

—No hables y tira —exclamé, apretando los dientes.

Los engranajes empezaron a funcionar. La velocidad de giro de la rueda aumentó.

—Basta ya —grité, cuando me hube convencido de que era ya imposible pararla por medios humanos.

En efecto, la rueda dentada había adquirido un movimiento de inercia que solo podía detenerse aplicando el freno mecánico. Y para conseguir esto, se necesitaba que la maquinaria funcionase a pleno rendimiento, con una energía eléctrica de la cual se carecía en aquellos momentos.

—¡A las vagonetas! —grité, sacando la «Luger».

Corrimos fuera del cobertizo del transbordador, saliendo a la explanada, en el momento en que se oía el estruendo del choque de dos automóviles.

Sonaron gritos de alarma:

—¡Cuidado! ¡Ahí van!

—¡Corre, Doris! —grité. Me detuve un instante, apoyé una rodilla en tierra y gatillé la «Luger» aceleradamente, enviando ocho balas en seis segundos hacia donde estaban los forajidos.

Mi fuego, aunque no alcanzó a ninguno de ellos, los contuvo de inmediato, obligándolos a guarecerse tras los coches. Dispararon sus armas, pero la distancia era un tanto excesiva y las balas levantaron imprecisas nubes de polvo en torno mío.

Inmediatamente me puse en pie y, encorvándome sobre mí mismo, eché a correr. Doris se hallaba ya al borde del barranco, esperando la llegada de una de las vagonetas.

Mientras corría, la muchacha se aferró a la vagoneta con ambas manos y saltó a su interior. El cable corría a una velocidad media de unos veinte kilómetros a la hora, facilitado su movimiento por el hecho de que la otra orilla del valle estaba situada a un nivel ligeramente inferior al del punto en que nos hallábamos nosotros.

Sonaron disparos a mis espaldas. Una bala pegó contra una piedra, pulverizándola delante de mí y perdiéndose luego a lo lejos con agudísimo gañido.

Enfundé la «Luger» sin dejar de correr. Ya estaba a pocos pasos del borde del derrumbadero. La vagoneta se hallaba en aquellos momentos en

el mismo filo del abismo. En su interior, Doris, agarrada con una mano al poste sustentador, me miraba con ojos abiertos por el espanto.

—¡Corre, Mark, corre, por el amor de Dios! —gritó.

La vagoneta salió fuera de la explanada, justo en el momento en que me disponía a alcanzarla. Volví un instante la cabeza; la próxima vagoneta estaba dando en aquel momento la vuelta en torno a la caseta de la maquinaria.

No podía esperarla; si me quedaba allí, aquellos forajidos me acribillarían a tiros. Era preciso jugarse el todo por el todo. O me iba con Doris o me quedaba allí para siempre.

—¡Agárrate con fuerza! —grité, una décima de segundo antes de dar el salto—. ¡Allá voy!

Los músculos de mis piernas se distendieron como potentes ballestas, en tanto que alargaba mis brazos al máximo.

Volé por los aires una cortísima fracción de segundo. Ello me bastó para saber que, si fallaba el golpe, caería por el derrumbadero y no pararía de rodar hasta llegar al valle. Mi muerte no se debería al primer golpe, sino a la serie de ellos que recibiría durante doscientos cincuenta metros de dar volteretas por una pendiente que en algunos casos alcanzaba los sesenta grados.

Mis manos alcanzaron el borde de la vagoneta. Esta osciló con terrible violencia adelante y atrás. Quedé colgando de ella, balanceándome en el espacio. La tierra se alejó de mis pies con lo que en aquellos momentos me pareció una rapidez vertiginosa.

Doris intentó agarrarme.

—No lo hagas —murmuré, con un jadeo, sintiéndome los pulmones a punto de estallar—. Saca el revólver y dispara. Haz ruido, mucho ruido.

Doris comprendió. Agarrándose al poste con la mano izquierda, sacó el «38» del interior de su camisa y empezó a disparar.

Las detonaciones, que sonaban directamente encima de mi cabeza, me ensordecieron. Empecé a flexionar los brazos, izándome a pulso, temeroso en cualquier momento de recibir un balazo en la espalda. El fondo del valle se alejaba más a cada segundo que transcurría.

Finalmente, pude pasar una pierna por encima del borde de la vagoneta. El resto fue fácil.

Caí al fondo de la misma, haciéndola balancearse alarmantemente. El cable osciló arriba y abajo.

—Me mareo, Mark —gimió la muchacha.

Estaba como loco. El sudor me corría a chorros por la frente, cegándome casi. Me lo limpié de un manotazo, y olvidando el terrible ardor de mis pulmones y el violento latir de mi corazón, me puse en pie.

Miré hacia la explanada. Nada menos que seis forajidos estaban allí, todos ellos disparando sus armas encarnizadamente contra nosotros, en

espera de la próxima vagoneta. Las balas silbaban en torno nuestro. Una de ellas pegó en el hierro del vehículo y rebotó con siniestro chirrido.

—Agáchate, Doris —grité.

Guardé la «Luger» y saqué del bolsillo del chaquetón la automática «Colt». Quité el seguro con el pulgar y, asomando únicamente los ojos por fuera del borde de la vagoneta, aguardé unos momentos.

Dos de los forajidos saltaron a la vagoneta, en tanto que un tercero procuraba imitarles. A este último le ocurrió lo mismo que a mí, o sea, que se quedó colgado del abismo, agarrándose al vehículo aéreo con ambas manos.

Mientras tanto, habíamos recorrido ya unos cien metros, la cuarta parte de nuestro trayecto. Pero aquellos gorilas estaban dispuestos a no dejarnos seguir adelante a ningún precio.

Saqué la pistola y apunté con todo cuidado.

Visto desde lejos, un transbordador aéreo de mineral parece quieto. Pero cuando uno se sitúa sobre una de sus vagonetas, nota al instante el bamboleo del cable sustentador, que se mueve continuamente arriba y abajo, cuando no a los lados, a poco viento que sople.

Era preciso afinar bien la puntería. Los otros tres bandidos esperaban la vagoneta siguiente para lanzarse como perros rabiosos en nuestra persecución.

Apunté y disparé. Una «Colt 45» puede alcanzar hasta medio kilómetro de distancia, pero su puntería no es efectiva más allá de los sesenta o setenta metros, y para ello es preciso ser un buen tirador.

Y la distancia que había entre las dos vagonetas era de casi cien metros. Mi primero y segundo tiros fallaron, pero al menos conseguí una cosa: hacer que los bandidos se escondieran en el fondo de la vagoneta.

El tercer gorila continuaba colgado de esta. Sus gritos llegaron débilmente hasta mis oídos. En medio de todo, no pude por menos de sentir compasión por el individuo; aquella era una situación completamente nueva para él.

El valle se hacía cada vez más hondo. Sentí un ruido raro a mis espaldas y me volví. Doris estaba acurrucada en el fondo de la vagoneta, con una mano en la boca y otra en el estómago, y la cara completamente verde. Sus ojos me miraron implorantes.

En aquel momento oí un alarido terrible. Giré la cabeza, quedándome horrorizado al presenciar el espectáculo.

Las fuerzas del *gangster* le habían fallado y caía hacia el valle, dando volteretas por el aire como un pelele inanimado. Su cuerpo chocó de pronto contra la ladera que había a cien metros bajo el cable, levantando una enorme polvareda, y luego empezó a rodar, arrastrando consigo una considerable masa de tierra y piedras. No paró hasta llegar al fondo del arroyo.

Los otros gorilas empezaron a disparar frenéticamente contra nosotros. Los ecos de las detonaciones se multiplicaban fragorosamente contra las paredes del valle. Las balas, afortunadamente, no tenían demasiada precisión, aunque en una o dos ocasiones chocaron contra la dura plancha de hierro de la vagoneta, en la que se estrellaron inofensivamente.

El segundo terceto de forajidos consiguió ganar la siguiente vagoneta. Estos montaron sin novedad. La persecución hubiera resultado risible, de no haber sido porque al final nos esperaba la muerte.

El riachuelo pasó bajo nosotros, a doscientos cincuenta metros de distancia en vertical. El suelo empezó a ganar altura.

Habíamos recorrido ya más de la mitad de nuestro camino. Pronto llegaríamos al otro lado. ¿Y entonces, qué?

Tenía cierto tiempo, que aproveché para repasar las armas. Recargué la «Luger», comprobando que, aparte del puesto, solo me quedaba otro cargador, más el de la otra arma similar que había tomado a los bandidos. En el «Colt» tenía seis cartuchos y otros tantos en el «Smith and Wesson». ¿Podría resistir a los gorilas con aquellas municiones?

La explanada del otro lado se nos apareció de pronto. Agarré a Doris por un brazo y la hice ponerse en pie.

—Aguanta un poco —dije—. Pronto estamos ya.

Ella asintió en silencio. No podía hablar.

Los gorilas habían cesado de tirar. Era evidente que se daban cuenta de que la puntería, desde aquella distancia y con los movimientos del teleférico, resultaba harto imprecisa, aparte de que debían reservar sus municiones para el momento más conveniente.

—Saltaré yo primero —dije. Doris asintió.

Apenas hubo llegado la vagoneta a la explanada, puse los pies en el borde y me tiré fuera. Rodé un par de veces, pero no en balde me había entrenado para saltar en paracaídas y lo había hecho, además, muchas veces. Me puse en pie de un salto y corrí tras la vagoneta, alargando los brazos.

—Ahora, Doris.

Ella se arrojó sobre mí. Los dos rodamos por el suelo otra vez. Pero mientras ella se quedaba tendida, yo me volví a levantar.

Le arrojé el «Smith and Wesson».

—Dispara, pronto —grité, en tanto corría hacia el poste sustentador más próximo.

Dominando valientemente sus náuseas, Doris se puso en pie. Gatilló el arma, obligando a los rufianes a esconderse en la vagoneta.

Mientras tanto, yo me dedicaba a la labor de trepar por el entramado del poste sustentador. La primera vagoneta se acercaba con gran rapidez.

Apliqué la boca del «Colt» al cable transportador y empecé a disparar. Cedió un hilo de alambre... Seguí disparando frenéticamente, pero el cable

continuó resistiendo.

Furioso, arrojé la pistola a un lado y saqué la «Luger», repitiendo la operación. De pronto, resonó un terrible chasquido.

Los pandilleros que venían en primer lugar tuvieron mejor suerte. La vagoneta cayó en la explanada, haciéndolos rodar aturdidos por el suelo. En cambio, la otra…

El cable roto serpenteó por el aire, agitándose como una culebra de colosal longitud. La vagoneta se volcó, esparciendo su carga humana.

Tres cuerpos cayeron al abismo, a más de cíen metros de profundidad. Sus chillidos de espanto hicieron que mis cabellos se erizasen. Doris gritó como una loca.

Uno tras otro, los tres gorilas chocaron contra los desmontes y rodaron en confuso montón, con un impresionante revoltijo de piernas y brazos, hasta el fondo del valle, provocando con su caída una pequeña avalancha de piedras y tierra.

Recargué la «Luger» rápidamente, empleando para ello el último cargador. Sin embargo, aún me quedaba otra pistola similar, con otros tantos cartuchos.



—Deténgase, Mark Purvis

Los dos forajidos supervivientes empezaban a incorporarse en aquellos momentos, todavía atontados por la caída. Les apunté con la pistola, clavándolos en el suelo.

—¡No se muevan! —ordené—. ¡Al primero que parpadee, le taladro la barriga!

Levantaron las manos. Tanto como aturdidos, estaban sorprendidos por la increíble vuelta que habían dado los acontecimientos. Estoy seguro de que incluso se daban por muy contentos con haber salvado la vida, después de aquella terrible experiencia.

Repetí con ellos la misma operación que con sus anteriores compinches: los desarmé y descalcé, obligándolos luego a internarse en el pinar.

—Y como os vea volver una sola vez la cabeza, tiraré a matar —dije truculentamente.

13

Me dejé caer en el asiento del coche de los bandidos, completamente exhausto después de un día tan movido y asendereado. A mi lado, Doris estaba que no podía hablar tan siquiera.

Permanecimos unos momentos en silencio, recobrando las fuerzas. Después de todo lo ocurrido, atravesar el valle y subir hasta la mina, no había sido cosa fácil. Francamente, estábamos que apenas si podíamos mover un dedo.

La noche caía con gran rapidez. Pronto me di cuenta de que no podíamos continuar allí por más tiempo.

Fui al otro coche y recuperé la lata de veinte litros. Examiné el tanque de combustible del segundo, el que íbamos a utilizar nosotros. Le hacía falta una buena dosis de esencia.

Hice el trasiego correspondiente, después de lo cual di el contacto, giré en un brevísimo espacio de terreno y emprendí el camino de vuelta. Doris tuvo entonces una idea: hurgó en la guantera y encontró un par de paquetes de cigarrillos y fósforos. Encendió dos y me pasó uno.

Rodamos durante largo rato en completo silencio. Al cabo, ella preguntó:

—¿Qué hacemos ahora, Mark?

Todavía nos quedaban unas diez o doce millas para llegar a la carretera. Busqué un sitio apropiado, en un lugar donde el camino era más llano que el resto y reduje la marcha, metiéndolo a través de una espesa aglomeración de abetos hasta encontrar un grupo de matorrales que nos ocultó por completo la carretera.

—Pasaremos aquí la noche —resolví—. No creo, en primer lugar, que nos encuentren y, en segundo, estoy que no puedo avanzar una yarda más, ni aunque sea en automóvil. Reanudaremos el camino mañana al amanecer.

Doris asintió. A indicación mía, ocupó el asiento trasero del automóvil. Hacía frío en las montañas, pero con las ventanillas cerradas la temperatura era soportable. Lo que no era ya tan soportable eran el hambre y la sed, pero bien podíamos aguantar hasta el día siguiente.

Dormimos de un tirón, merced al cansancio que nos poseía. A la madrugada, sin embargo, desperté tiritando de frío.

Doris dormía aún apaciblemente. Procurando no despertarla, saqué el coche del escondite y lo llevé al camino. Luego me dirigí hacia la carretera.

Todavía nos quedaban cerca de mil kilómetros hasta el punto de mi

destino. Si conseguíamos salvarlos, podría decirse que había conseguido el objetivo tan largamente buscado.

Cerca de Lead nos detuvimos en un parador a desayunar, asearnos y repostar de gasolina. Hice que repasaran la presión de las gomas y allí mismo compramos unos cuantos bocadillos y un termo lleno de café.

Al terminar, me senté tras el volante. Doris a mí lado.

Di el contacto y exclamé:

—Y ahora, de un tirón hasta el fin del viaje.

Los pueblos y las ciudades fueron quedando atrás invariablemente. El coche mantenía una velocidad media de setenta a ochenta millas, incluyendo curvas y pendientes. A las doce del mediodía, pasábamos por Sheridan, en el Estado de Wyoming. Las montañas Bighorn, antaño escenario de tantas luchas entre blancos e indios primero y de guerras ganaderas después, quedaron al sur, mientras el «Cadillac» proseguía su marcha.

El terreno empezó a hacerse más accidentado. Una hora después de haber salido de Sheridan, alcanzamos los límites del Estado de Montana. Lo vimos muy bien en el cartel anunciador que hay en la ruta de dicha ciudad a Billings.

Alcanzamos Billings a las tres de la tarde. Después de examinar brevemente el panorama y tras consultarlo con la chica, decidí que podíamos correr el riesgo de tomar un bocado rápido en cualquier restaurante, guardando de este modo nuestras reservas de víveres para cualquier coyuntura imprevista. Lo hicimos, y media hora más tarde reemprendíamos la marcha.

Al salir de Billings calculé que habíamos recorrido la mitad de la distancia. Doris me relevó en el volante y tomamos la ruta del norte, la que va por Lewis ton a Great Falls.

—¿Por qué no pasamos por Helena? —preguntó ella, intrigada, mientras conducía el auto a ochenta millas.

—Es preferible dar un rodeo —contesté—. Son doscientos cincuenta kilómetros más, pero ganamos en seguridad lo que perdemos en tiempo y espacio.

—¿Temes que nos estén esperando en Helena?

Moví la cabeza afirmativamente.

—No apostaría un pitillo siquiera —respondí.

Las millas fueron quedando atrás. El coche devoraba la carretera con pasmosa regularidad. Al oscurecer, avistamos las primeras luces de Lewiston.

—¿Cuánto nos falta ahora? —preguntó ella, frenando, por indicación mía, ante un poste de gasolina.

Hice un rápido cálculo.

—A partir de este momento, la carretera se vuelve muy accidentada,

querida. Unos cuatrocientos kilómetros todavía. Si hubiéramos rodado por la otra carretera, estaríamos ya muy cerca de nuestro destino. De esta forma, hemos perdido bastante tiempo y hemos de recuperarlo, rodando durante toda la noche. Déjame, yo conduciré ahora. Tú, descansa mientras tanto.

Reemprendimos la marcha, ahora forzosamente mucho más reducida. En algunos puntos, debíamos rodar a menos de treinta millas a la hora, tantas son las curvas que hay en la carretera que existe en aquel lugar entre las montañas.

A las doce de la noche alcanzábamos Great Falls. Crucé la ciudad sin detenerme tan siquiera y continué por la ruta norte, aparentemente en dirección al Parque Nacional Glaciar. A las tres de la mañana alcanzábamos el empalme de la carretera que va de Shelby a Bonners Perry, pasando por el límite sur del parque citado.

Una vez hubo quedado atrás el Parque Nacional Glaciar, me desvié al sur, por una carretera secundaria que bordea el límite occidental de los montes Lewis. Los ojos se me cerraban de sueño, pero ahora ya no podía dejar el volante a la muchacha, puesto que yo era el único que conocía el camino.

A mi izquierda empecé a divisar una débil claridad. Ya llegaba un nuevo día. Aquel día, esperaba, sería el de mi triunfo… o el de mi muerte. Pero el viaje hacia la muerte había de terminar como fuera, en una forma u otra.

La carretera empezó a serpentear por entre las montañas. Pronto divisé el lago Flathead, brillando como un espejo de plata en el centro de un extensísimo valle.

Al llegar a la altura de su punta sur, encontré un camino lateral. Este camino era el que había estado buscando durante tantos días de angustia.

La ruta se hizo muy empinada. Hube le recurrir a toda la potencia del motor para que el coche pudiera seguir adelante. Y, al fin, llegamos al lugar que buscaba.

Detuve el coche, corté el gas, eché el freno de mano y me recliné sobre el asiento, lanzando un suspiro de satisfacción.

—Al fin —exclamé.

Doris despertó entonces. Se frotó los ojos, sacudió el cuerpo un momento y luego preguntó:

—¿Dónde estamos, Mark?

—En donde nuestro viaje se acaba, querida —contesté.

14

El lugar donde nos habíamos detenido era de una selvatiquez extrema. Por todas partes adonde extendíamos la mirada, no se veía sino montanas cubiertas de la vegetación propia de tales lugares: pinos, abetos, sabinas y espesos matorrales que crecían entre los árboles.

Frente a nosotros, había una pequeña explanada, practicada en la misma cumbre del cerro donde terminaba el camino, cuya forma era triangular con el vértice hacia el norte, es decir, al lado opuesto por dónde habíamos llegado nosotros. La explanada tendría unas dimensiones máximas de veinticinco a treinta metros y estaba completamente despejada por dos de sus lados, es decir, los del triángulo que apuntaban al norte, en tanto que la otra parte, o sea, la base, estaba completamente cubierta de árboles muy juntos, tanto, que apenas si podía divisarse entre ellos a más de una docena de metros de distancia.

A nuestra derecha y cayendo desde una elevadísima altura, podía verse un delgado chorro de agua blanquísima, que a mitad de su caída se convertía en una nube de espuma y de vapor que la brisa matinal hacía ondear como una bandera. La cascada terminaba en un enorme estanque situado en el valle que había entre el cerro donde nos hallábamos y la montaña opuesta, dando origen a una corriente de agua que más tarde se perdía en el lago Flathead. Allí se pescaban muchas y buenas truchas.

Frente a la entrada de la explanada se veía una cabaña de construcción rústica, destinada al albergue de quienes quisieran pasar una o dos semanas en las montañas, dedicados a la caza, a la pesca o simplemente al descanso. La cabaña era mi objetivo.

Me bajé del coche. Doris me imitó, llevando la bolsa con el termo y los bocadillos. Al poner el pie en el suelo, estuve a punto de caerme; tan mareado estaba después de haber conducido sin descanso durante toda la noche.

La espalda me dolía horriblemente y los párpados me pesaban como si fueran de plomo. Sin embargo, no pensaba, descansar en la cabaña; una vez conseguido mi objetivo, reanudaríamos el camino y esta vez sí que nos dirigiríamos a Helena.

Abrí la puerta de la cabaña, que estaba agradablemente decorada.

—Encenderé el fuego —sugirió Doris, viendo una chimenea en el lado izquierdo de la entrada.

—No hace falta —dije—. En cuanto tomemos un bocado, reemprenderemos la marcha.

La cabaña constaba de dos piezas. Una de ellas era comedor, cocina y

living, todo en una habitación grande y espaciosa. La otra era un pequeño dormitorio, con dos literas superpuestas y espacio apenas suficiente para vestirse en ella. En la pieza más grande se veía un frigorífico, movido por un motorcito de gasolina, una cocinilla eléctrica, cuya energía procedía de la misma fuente, y un armario con utensilios y vajilla. Al lado de este armario había una amplia ventana, que Doris, curiosa como buena mujer, abrió para ver lo que había al otro lado.

Inmediatamente que lo hizo lanzó un grito que me hizo correr hacia ella.

—¿Qué te pasa? —rezongué, irritado por el susto recibido.

—Mira —dijo, señalando con la mano a través de la ventana.

Saqué la cabeza fuera del antepecho. Mis cabellos se me erizaron casi al instante.

La pared de la cabaña estaba construida directamente sobre un precipicio que caía unos ciento cincuenta metros en vertical, completamente liso, sin el menor asidero, un desafío a la habilidad de los buenos alpinistas. Después, el cerro se hacía menos abrupto y descendía en una pendiente de unos cuarenta y cinco grados, a la mitad de la cual empezaba de nuevo la vegetación.

—Mal asunto si nos atraparan aquí, en la cabaña —dije.

—Bueno —contestó ella con cierta negligencia—; a lo que veo, ahí tienes armas de sobras para defenderte —y me señaló la chimenea, donde, en forma de panoplia, se veían dos rifles de caza.

Por pura curiosidad, tomé uno de ellos, examinándolo. Funcionaba perfectamente y en una de las alacenas encontré dos cajas de cartuchos.

—Me lo llevaré para la vuelta —dije, blandiéndolo.

—De acuerdo —dijo ella—. Y ahora, ¿por qué no te sientas a tomar un bocado y una taza de café conmigo?

—Aguarda un momento —dije. Empecé a buscar algo con la vista, no tardando en hallarlo.

Era uno de los atizadores de la chimenea, con el cual empecé a hurgar en uno de los ladrillos de su base. Al cabo de unos momentos, el ladrillo se movió.

Saqué aquel ladrillo y el contiguo, dejando al descubierto un hueco de unos cincuenta centímetros de lado, por diez de profundidad, en el cual había un paquete cuidadosamente envuelto en una tela encerada.

Llevé el paquete a la mesa, lo dejé a un lado, me sacudí las manos y empecé a comer.

—¿Qué es eso? —inquirió Doris, llena de curiosidad.

—La relación de todas las fechorías de Sauk y su pandilla, así como otras muchas cosas, a cual más interesante —respondí.

Doris levantó las cejas.

—Ese libro es dinamita pura.

—Lo sé. ¿Por qué crees que me perseguía ese forajido? —Tomé un sorbo de café. De algún modo, Doris había podido calentarlo, pues hasta el café caliente se enfría incluso en un termo, después de tantas horas de permanencia en la vasija.

—¿Cómo sabías que estaba ahí?

—Me lo dijo Paula pocos días antes de morir.

—Pero… —Doris me miró, sumamente intrigada—, no te entiendo, Mark. Si tú estuviste tanto tiempo al lado de Sauk y te enteraste de todas sus interioridades, ¿por qué has de necesitar ese libro?

—Sencillamente, porque está escrito de puño y letra del propio Félix Sauk.

—¿Y cómo vino a parar a esta cabaña, a tanta distancia de Nueva York?

—Ocurrió la última vez que Sauk me envió de inspección. Más o menos, seguí esta ruta. En Helena me encontré con Paula. Ya estábamos citados para pasar unos cuantos días en las montañas, aquí, en esta cabaña, precisamente.

El semblante de Doris se contrajo.

—Querida —dije—, debes saberlo todo, sin que te oculte el menor detalle. Teníamos planeada esta excursión hacía ya tiempo. Incluso tú misma me has dicho que Paula se estaba enamorando de mí. Y a mí no me resultaba desagradable, en modo alguno.

Doris inspiró con fuerza. La doble y turgente curva del busto resaltó claramente.

—Sigue —dijo con voz ronca—. A fin de cuentas, prefiero qué fuese con ella.

—Calculo que Paula debió traer consigo el libro. Estaba asqueada ya de presenciar en torno suyo tanta suciedad y tanta corrupción. Y lo debió esconder mientras yo pescaba truchas ahí, bajo la cascada. Después, cuando se vio en inminente peligro de muerte, me lo dijo: «Busca en la chimenea de la cabaña». Entendí fácilmente lo que quería decirme; no olvidemos que, en un principio, la propia Paula era secretaria particular de Sauk para los negocios que podemos llamar sanos y que luego ascendió a otra cosa que no es correcto mencionar. Después también le servía de secretaria en asuntos que no debían trascender al público. Por lo tanto, es obvio que estaba enterada de la existencia de ese libro y sabía, además, dónde lo guardaba Sauk.

—Y cuando empezó a enamorarse de ti, se dio cuenta de la vida que había llevado hasta entonces y quiso desquitarse en cierto modo.

—Así es, Doris.

La chica calló unos instantes. Luego dijo:

—Sigue, Mark.

—Naturalmente, yo puedo contar muchas cosas; muy posiblemente,

todo mi relato sería sensiblemente igual a lo que está escrito aquí. Pero nunca, ante un tribunal, mis declaraciones tendrían valor alguno a menos que presentase una evidencia en que apoyarlas. Esa evidencia es el libro, con el cual Paula pensaba obligar a Sauk a que la dejase libre bajo la amenaza de entregarlo a la policía. Pero Sauk la mató después de torturarla. Hubiese sobrevivido al tormento; sin embargo, el brutal puntapié que aquel canalla la asestó, terminó con su vida de modo instantáneo.

»Estoy seguro de que Sauk fue el primero en arrepentirse de su arranque de violencia. No obstante, le era ya imposible rectificar. Solo cabía hacer una cosa: buscar el libro. Y ya sabes los esfuerzos que ha realizado para conseguir sus propósitos.

—¿Y crees que ese libro sería aceptado como prueba por un jurado imparcial?

Sonreí con suficiencia.

—En primer lugar, la letra de Sauk, es una acusación irrefutable contra él mismo. En segundo, se citan muchos nombres al lado de cifras elevadas, ¿comprendes lo que quiero decirte? Y en tercero, están los ingresos obtenidos por toda clase de medios ilícitos. Como todos los pillos de su especie, Sauk mantiene unos negocios perfectamente legales, que son la capa de respetabilidad bajo la cual esconde sus actividades criminosas.

»Hasta para las ganancias que produce el delito se necesita una contabilidad y —concluí, golpeando el libro con el índice— esta es la contabilidad de los crímenes de Sauk. Cuando todo esto haya caído en manos de un juez y un jurado competentes, toda la organización se derrumbará como un castillo de naipes, aplastando bajo su peso a cuantos halle debajo. Y son muchos, te lo aseguro.

Doris me miró fijamente durante unos segundos.

—Pero no entiendo por qué, sabiendo que venías aquí, Sauk no se ha anticipado a venir a la cabaña y llevarse el libro.

—Es que no sabía que yo me dirigía a esta cabaña.

Doris respingó.

—¡Mark! ¿Estás seguro de lo que dices?

—¡Claro, nena! ¿No te dije que cuando Paula y yo nos encontramos aquí, yo había realizado un viaje de inspección? Sauk supone o suponía, mejor dicho, que el libro podía estar escondido en cualquiera de los lugares donde me detuve antes de llegar a Helena, último punto de mi viaje de inspección. Podía haberlo guardado en una caja de alquiler de un Banco de cualquiera de las ciudades por dónde hemos pasado, ¿comprendes ahora?

Ella asintió.

—De todas formas —objetó—, opino que ninguna de las anotaciones que hay en ese libro son suficientes para llevar a Sauk a la silla.

—Por supuesto. En el mejor de los casos, iría a parar a la cárcel por unos cuantos años tan solo, acusado de fraude al Tesoro. Pero ¿qué sucederá cuando todo salga a relucir? Muchos hablarán, te lo aseguro. ¿Por qué? Sencillamente, por la esperanza de ver reducidas sus posibles condenas, incluso la esperanza de quedar libres. Incriminarán a Sauk y a los demás capitostes de la organización y saldrán a relucir todos los crímenes cometidos durante largos años. Y entonces —concluí—, no habrá poder humano que pueda salvarles de la silla eléctrica…

Doris sacudió la cabeza pensativamente.

—Sí, eso es lo que sucederá. Y eso es lo que deseo que ocurra —añadió con acento vengativo—, para que de este modo, la muerte de mi hermana no quede impune.

—Paula será vengada, te lo aseguro —respondí con firmeza. Encendí un cigarrillo y me puse en pie, colocándome el libro bajo el brazo—. Vámonos ya; ahora conducirás tú, mientras yo descabezo un sueñecillo.

—Dijiste antes que íbamos a Helena. ¿A quién tenemos que ver?

—Al Comisionado de Policía. Este hará una llamada a una persona, a la misma con quien yo hablaba cuando Paula me sorprendió y se enteró así de lo que yo hacía dentro de la organización.

—¿Quién es esa persona, Mark?

—Un amigo mío —contesté ambiguamente—. Ya me ha ayudado en un par de ocasiones. Cuando salí del hospital… bueno, tú estabas inconsciente y no pudiste verlo, y después de pasar Fort Wayne, cuando detuvieron sus hombres a los dos gorilas que querían continuar la persecución.

—Entiendo —dijo ella, con una sonrisa.

En aquel momento, algo arrancó una larga astilla de madera del umbral de la puerta.

Antes de que pudiera preguntarme qué era lo que sucedía, sonó una detonación.

15

Mi reacción fue instantánea. Quizá por ello pudimos salvarnos Doris y yo de la muerte.

Pegué una patada a la puerta, cerrándola, en el mismo instante en que apartaba a Doris a un lado con violencia. Un instante después, sonó una descarga cerrada.

Las balas se estrellaron contra los gruesos troncos de la cabaña o penetraron a través de las ventanas, destrozando los vidrios y haciéndolos volar por los aires en mil pedazos. Los cacharros que había en la pared opuesta empezaron a sonar con ruido de latas agujereadas.

—¡Apártate de las ventanas, Doris! —grité.

Ella obedeció en el acto, con el semblante cubierto por una extrema palidez. Tiré el libro a un lado y saqué la «Luger», apostándome tras el ángulo de una de las ventanas.

Apreté el gatillo ocho veces en rápida sucesión. Los disparos del otro lado se atenuaron un tanto.

—¡Doris! —grité.

La muchacha corrió agachada hacia mí. Le entregué una de las pistolas que había tomado a los bandidos en la mina.

—Toma —dije—, dispara y haz mucho ruido.

Ella obedeció en el acto. Mientras tanto yo, agachado, corrí hacia la chimenea, descolgando uno de los rifles de caza. Tomé una de las cajas de munición, cuyo cartonaje rompí de un par de tirones, llenándome de balas los bolsillos de la cazadora.

Acto seguido cargué el rifle. Corrí hacia la ventana y aparté a Doris a un lado.

—No te muevas de aquí —dije—. Por el momento, si no les dejamos acercarse, estamos seguros. Los troncos son lo suficientemente sólidos como para detener sus balas, a menos que empleen un rifle como este. Y no creo que lo tengan —concluí, arrojando una precavida mirada por encima del antepecho.

Mientras lo hacía, me maldije a mí mismo por la estupidez en habernos quedado allí a descansar míos momentos, en lugar de haber emprendido la vuelta de inmediato. Pero —agregué—, ¿y no habríamos chocado con ellos en el camino? ¿No habría resultado mucho peor toparnos en un camino tan estrecho como el que conducía a la cabaña? Hasta aquel momento había salido con bien de todos los encuentros con los forajidos, pero ¿hubiera podido continuar así indefinidamente?

Al menos, me dije, en la cabaña estábamos en relativa seguridad.

Nosotros no podríamos salir de ella, pero los gorilas tampoco podrían acercarse, sabiendo que yo estaba en el interior, armado y dispuesto a no dejarme atrapar vivo mientras tuviera un cartucho.

La linde del bosque estaba a unos treinta o cuarenta metros de distancia, formando una especie de semicírculo en torno a la cabaña, hasta el lugar donde el cerro caía a pico. Ninguno de los forajidos podría cruzar aquel espacio sin caer bajo el fuego de mi rifle.

De pronto, percibí un movimiento entre los pinos. Un hombre salió de entre ellos y corrió hasta parapetarse tras mi automóvil. Vi brillar un arma en sus manos e inmediatamente me agaché.

—¡Al suelo, Doris! —grité.

El rugido de una «Thompson» sonó de inmediato. Las balas se clavaron profundamente en los troncos de la cabaña o penetraron huracanadamente a través de la ventana. El gorila soltó todo el cargador de un golpe.

Inmediatamente asomé el caño del rifle. Las pistolas detonaban sin cesar, pero yo me había visto en peores situaciones. Lástima de unas cuantas granadas de mano, me dije, mientras tomaba puntería.

Escondido tras el coche, el gorila recargó la «Thompson». Para volver a tirar, tenía que asomarse. Cuando lo hizo, le metí un balazo en el hombro derecho.

El rufián lanzó un grito de angustia, a la vez que salía de detrás de su cobijo, sin el arma, tambaleándose de modo espantoso. Apunté de nuevo y lo liquidé de un balazo en el centro de la cara que lo derribó de espaldas sin un movimiento más.

Calculé los cartuchos que me quedaban. Podía derrochar unos cuantos y lo hice, tirando contra la «Thompson» que había quedado en el suelo, destrozándola con cuatro o cinco balazos. Aquel arma ya no serviría más para nadie.

En el combate se produjo una pausa. Recargué el rifle e hice que la chica me trajera el otro y el resto de las municiones. Llené el depósito del segundo rifle, dejándolo apoyado en la pared junto a mí lado.

El peligro que existía para nosotros era que llegase la noche sin que se hubiera resuelto la situación. Entonces, a favor de las sombras, podrían acercarse a la cabaña y terminar con nosotros, bien con el fuego de sus pistolas o bien incendiando la vivienda. De momento, sus pistolas no me preocupaban demasiado, a menos que tuviera la mala suerte de ser alcanzado por una bala perdida.

Tenía razones para apoyar mi suposición. Todos los individuos que tenía frente a mí y cuyo número ignoraba por el momento, eran gorilas de ciudad, habituados a gatillar sus armas siempre a menos de diez metros de distancia, contra blancos imposibles de fallar. Podrían ser diestros y rápidos en sacar las armas de la funda, pero su puntería, a más de veinte metros de distancia, solía ser generalmente detestable.

Los matorrales que había frente a la cabaña se movieron. Vi asomar el rostro de un tipo y esconderse rápidamente, antes de que pudiera tomar puntería.

El silencio se acentuó. Durante unos momentos, los gorilas cesaron en su tiroteo. Entonces sonó una voz:

—¡Purvis! ¡Mark Purvis!

Me puse rígido. Acababa de reconocer al dueño de la voz.

—Conque ha llegado hasta aquí —murmuré.

—¿Quién es, Mark? —preguntó Doris, acurrucada en el suelo frente a mí lado.

—Sauk.

El temor asomó a los ojos de la muchacha. Sabía que el canalla no cejaría hasta habernos eliminado a los dos. Y con él, habrían venido, con toda seguridad, Hansen y Ormsby. Estos *sí* eran buenos tiradores.

—¡Mark Purvis! —gritó de nuevo. Sauk—. Escucha, quiero hacerte una proposición.

Callé. Había dos ventanas a ambos lados de la puerta y, mientras pudiera, no quería revelar mi posición.

—Óyeme, Purvis. Te dejaré que salgas libre, con las manos en alto. La chica también. Te doy mi palabra. Nadie os hará el menor daño, si aceptas una condición.

Sauk hizo una pausa. No estando habituado a ello, el hablar a gritos desde treinta o cuarenta metros de distancia, fatiga los pulmones más de lo que pueda parecer.

—Cien mil dólares en billetes y dos pasajes en avión para Méjico. ¡Contesta, Mark Purvis!

Miré a Doris. La oferta, realmente, no era desdeñable ni mucho menos. Significaba una vida fácil y libre de cuidado para ambos.

Ella creyó que yo le formulaba una muda pregunta.

—Haré lo que tú decidas, Mark —dijo.

—Gracias, querida —respondí—. Pero no aceptaré.

—¿Crees que Sauk no cumplirá su palabra?

Sacudí la cabeza.

—Nos mataría apenas estuviésemos en sus manos. Le conozco demasiado bien para dejar un testigo tan comprometedor como yo vivo a sus espaldas.

La voz del forajido sonó de nuevo:

—Vamos, Purvis, ¿qué decides?

Saqué el cañón del rifle por la ventana y disparé dos veces hacia el lugar donde sonaba la voz. Sin necesidad de hablar, le daba mi respuesta.

—Está bien —gritó cuando el fragor de los disparos se hubo acallado—. Tú lo has querido, no te quejes luego de lo que pueda ocurrirte.

El tiroteo se reanudó de nuevo con terrible intensidad. Me guarecí tras

la ventana, soportando aquel diluvio de proyectiles, que penetraban por el hueco, devastando el interior de la cabaña. A mis pies, Doris empuñaba con decisión una de las automáticas capturadas a los bandidos.

De pronto se apagó el fuego. Un ominoso silencio cayó sobre la cumbre del cerro.

Aquel silencio me pareció de muy mal agüero. Era indudable que los bandidos tramaban algo. Pero ¿qué clase de golpe era el que estaban preparando contra nosotros?

Durante un cuarto de hora, no ocurrió nada. Miré por encima del antepecho, sin advertir el menor movimiento entre los matorrales.

Súbitamente se oyó el zumbido de un motor. No era el del automóvil que nos había traído hasta allí, sino que procedía de otro situado más abajo, en un punto desde el cual resultaba imposible verlo desde la cabaña.

—Mark —susurró la muchacha—, ¿qué es lo que hacen?

Me mordí los labios.

—Lo ignoro, nena —contesté. Y como no quería engañarla, añadí—: Nada bueno, desde luego.

El ruido del motor se acentuó de pronto. Ahora sonaba como si el automóvil empezase a correr a toda velocidad.

Súbitamente, el coche se hizo visible. Desde la ventana podía distinguir unos treinta metros de camino, antes de la próxima curva, con lo que el automóvil se me apareció a unos setenta metros de distancia en total. Y sobre el motor llevaba un extraño objeto de forma cuadrada, brillante, cuya significación no supe comprender al pronto.

El automóvil aceleró su marcha. Al mismo tiempo, los pistoleros ocultos entre la maleza, empezaron a disparar sus armas, con el fin de cubrir el avance del automóvil con su fuego.

Pasé de un salto a la otra ventana, a la vez que gritaba:

—Tenme listo el otro rifle.

Y empecé a disparar contra el coche que avanzaba contra nosotros.

En un instante comprendí la treta. Pensaban estrellar el automóvil contra la puerta de la cabaña, pero no con el fin de forzar la entrada, sino para incendiarla por medio de la lata de gasolina que habían sujetado sobre el capot del motor.

Tiré a toda velocidad, atravesando con un par de balazos la lata, cuyo contenido empezó a desparramarse.

Los dos pistoleros que iban montados en el coche, continuaron impertérritos.

El automóvil ganó terreno rápidamente. Tuvo que desviarse un poco, porque estaba el otro cerrándole el camino, lo cual hizo que durante unos instantes me presentase el flanco derecho.

Ya había cambiado el rifle. Una bala me rozó el cuello, produciéndome un surco sangriento en la piel. Excitado como estaba ante la idea de

detener el automóvil que avanzaba hacia nosotros, ni me percaté siquiera del detalle.

Una mano salió por la ventanilla anterior derecha, armada con una pistola. Reconocí a su dueño de inmediato. Era Ormsby.

Fui más rápido que él. La guerra enseña muchas cosas: puntería y rapidez de reflejos. La bala salida de mi rifle atravesó primero el parabrisas y luego su cráneo. La mano de Ormsby pendió lacia, fuera de la portezuela.

El conductor del automóvil no se arredró por ello. Pisó con todas sus fuerzas el acelerador y, ya en línea recta, se lanzó contra la cabaña.

Súbitamente, la gasolina derramada se inflamó con una gigantesca llamarada. Sonó una tremenda explosión y el automóvil quedó envuelto en fuego al instante.

El coche se detuvo a un par de metros escasos de la cabaña, ardiendo con tremenda furia, en medio de los fragorosos estallidos de los neumáticos reventados por el calor.

La puerta delantera izquierda se abrió de pronto y un hombre salió de su interior, ardiendo de pies a cabeza. Por su colosal estatura lo reconocí al instante. Nadie más que Hansen, el sueco, podría haberse arriesgado a ejecutar una maniobra semejante.

El gorila lanzaba unos aullidos aterradores mientras corría convertido en una antorcha viviente, víctima de su propia argucia. Unos cuantos disparos brotaron de la espesura, y Hansen se desplomó, despidiendo un espantoso hedor a carne quemada.

Pero todavía no habíamos conjurado el peligro. Las llamas amenazaban los muros de troncos de la cabaña, y su calor resultaba insoportable. Además, el coche ardiendo me ocultaba por completo la visión desde la ventana donde había estado parapetado hasta aquel momento.

Corrí hacia la otra ventana. Doris me entregó el siguiente rifle.

—Ya está cargado —gritó.

Aprovechando el incidente, tres o cuatro gorilas salían en aquel momento del bosque, a todo correr, mientras disparaban sus pistolas frenéticamente. Era obvio que Sauk no escatimaba medios con tal de conseguir sus propósitos.

Tumbé a uno alcanzándole en mitad del pecho. Otro soltó su pistola, se agarró el muslo derecho y cayó de rodillas. Los tres restantes, aterrados por mí puntería, dieron media vuelta y se hundieron de nuevo en la espesura.

Y en aquel momento, cuando el fragor del tiroteo parecía haber remitido un tanto, Doris y yo escuchamos el sonido más agradable y, al mismo tiempo, inesperado, que podíamos haber soñado oír jamás en aquel lugar y en semejantes circunstancias: el alarido de una sirena policial.

En la espesura hubo un revuelo súbito de hombres que se daban a la

fuga. Más allá, sonaron unos cuantos disparos y varias ráfagas de ametralladora. Luego, silencio.

Un coche, con la insignia de la patrulla de caminos del Estado de Montana en el costado, irrumpió en la explanada. Cuatro hombres, dos de ellos con uniforme, se apearon del mismo.

—¡Purvis! —gritó uno de ellos.

—Estoy aquí, Crittenden.

Doris se puso en pie, mirándome estupefacta, como si no creyera en la buena suerte que acabábamos de tener. De pronto, se me arrojó en los brazos, abrazándome estrechamente, en tanto sollozaba con violentos espasmos nerviosos.

Acaricié sus cabellos.

—Cálmate, nena —dije—. Todo ha pasado ya.

La puerta de la cabaña se abrió, y dos hombres de paisano entraron en ella. A uno de ellos ya lo conocía: era aquel a quién había nombrado Crittenden, un sujeto de unos treinta y ocho años, de aspecto agradable y enérgico.

El otro era algo mayor. Crittenden me lo presentó como el capitán Fuller, de la patrulla de caminos.

Crittenden sacudió la cabeza.

—Nunca creí que salieras de esta, Purvis —dijo.

Le entregué el libro.

—Por lo visto —dije, volviendo a rodear con mi brazo el talle de Doris —, tengo la piel muy dura. Bien, ahí tienes lo que tanto andabais buscando. Supongo que ahora podréis meter mano a Sauk y compañía.

Crittenden asintió pensativamente.

—Si todo lo que me contaste es verdad, y tienes pruebas suficientes para demostrarlo, Sauk pasará un mal rato, de veras.

—Ese libro completará todo lo que yo no he podido decirte de palabra, Crittenden.

—De acuerdo, Purvis. Ha sido una buena labor la tuya. Gracias, en nombre de mi departamento —Crittenden meneó la cabeza y sonrió—: Chico, has dejado un rastro mayor que el de un elefante borracho en un trigal. Se te podía seguir con toda facilidad, contando los gorilas que ibas dejando por el camino.

Hice una mueca.

—No fue nada agradable y no volvería a repetirlo por nada del mundo, Crittenden.

—Lo creo —contestó mi amigo. Miró a la muchacha y sonrió—: Bien, vuelve luego a Helena. Tenemos aún mucho que hablar.

—Por supuesto. Te veré mañana en el despacho del Comisionado.

—De acuerdo, Purvis. Adiós, señorita Dyson.

Los dos hombres se fueron, dejándonos solos. Afuera, los policías

cargaban los cadáveres de los gorilas en una ambulancia. El coche seguía ardiendo, pero su fuego se había atenuado ya notablemente.

Esperamos allí un rato hasta que todos se hubieron ido. Queríamos gozar durante un rato de la idea de poder permanecer a solas, saboreando nuestra libertad, sin tener que volver la vista atrás, temiendo ver en cualquier momento un automóvil lleno de pistoleros lanzado tras nuestras huellas. Eso se había acabado ya, afortunadamente.

Doris preguntó:

—¿Quién es ese Crittenden?

—Un viejo conocido mío —respondí—. Pertenece al FBI y nos conocemos desde hace nos. Cuando resolví la idea de vengar a mí hermano, le dije lo que pensaba hacer y él, con el consentimiento de sus jefes, lo aprobó. También estaban deseando echarle mano a Sauk, pero no querían introducir un federal en sus filas, de modo que un día pudiera ser descubierto y asesinado. Tenía que ser alguien que no hubiera estado relacionado jamás con un organismo policial, como yo. Sauk y sus compinches investigaron mis antecedentes, por supuesto; pero, tal como había esperado, no hallaron en mí nada que tuviera la menor relación con la policía. Y con Crittenden estaba hablando por teléfono el día en qué me sorprendió tu hermana. El resto ya lo sabes.

—Sí —suspiró la muchacha, estrechándose contra mí. De pronto noté algo duro en el interior de su camisa, debajo de los senos.

—¿Qué es eso? —pregunté.

Antes de que Doris pudiera contestarme sonó una voz:

—Mark Purvis.

Giré en redondo, como una centella. Fui a sacar mi «Luger», pero en aquel momento, antes casi de iniciar el movimiento, recordé que la había dejado sobre la mesa de la cabaña al cambiarla por uno de los rifles.

Félix Sauk estaba frente a nosotros con una pesada automática en las manos. Una vena latía furiosamente en su frente.

Tenía el rostro arañado y las ropas desgarradas por algunos sitios. Era evidente que había huido a campo través al oír la sirena policial, pero luego había vuelto con ánimo de esconderse en la cabaña durante algún tiempo, hasta tanto tuviera el suficiente para poder escapar.

—Te voy a matar, Purvis —dijo el forajido. Su dedo índice se crispaba ya en torno al gatillo de la automática—. Y a la chica también.

Instintivamente, me coloqué delante de Doris, protegiéndola con mi cuerpo, a la vez que extendía un poco los brazos.

Sauk estaba a cuatro metros de distancia. No podía soñar siquiera en lanzarme contra él. Dispararía antes y me atravesaría el cráneo.

Leyó mis intenciones en la forma de mirarle y se echó a reír.

—Es inútil cuanto hagas, Purvis. Primero caerás tú, luego la chica. Claro que ahora la tapas con el cuerpo, pero es más baja y tiraré a la

cabeza. Tu protección desaparecerá, apenas hayas caído al suelo.

No contesté. Era inútil; las apreciaciones de Sauk eran completamente exactas.

Sentí que Doris se movía a mis espaldas.

—Bueno —dijo Sauk—, y ahora, maldito hijo de perra, puedes irte al infier…

¡BANG! ¡BANG! ¡BANG!

Estallaron tres disparos muy seguidos. Los fogonazos me chamuscaron el costado derecho.

Sauk se tambaleó horriblemente, en tanto que unos orificios sangrientos aparecían en su pecho y vientre. Entonces comprendí el objeto duro que Doris llevaba bajo la camisa y del cual no se había acordado hasta el momento de abrazarnos, un segundo antes de que Sauk nos sorprendiera tan descuidadamente.

El forajido se arrodilló, vomitando sangre por la boca. Apoyó la mano izquierda en el suelo, tratando de contener la inevitable caída. Sus ojos expresaban la indudable sorpresa que sentía al verse taladrado por tres balazos que no había esperado en absoluto.

Sauk trató de levantar la mano armada. En su mente, turbia ya por la inminencia de la muerte, solo había un sentimiento: matarnos antes de morir él mismo.

Me volví velozmente hacia Doris. La chica parecía aturdida después de haber disparado por detrás de mí, casi abrasándome el costado derecho.

Le arrebaté la pistola. Sauk disparaba en aquel momento, pero su bala se estrelló contra el suelo, a dos pasos de distancia.

No le dejé hacer otro disparo. El resto de la carga de mi pistola fue a introducirse en su pecho y cabeza, arrojándolo al suelo completamente cubierto de sangre. Ya no se movió más.

Tiré la pistola a un lado. Me sentía cansado, infinitamente cansado. Estaba harto de sangre, de pistoleros, de ser perseguido constantemente. Solo quería una cosa: descansar, descansar a todo trance.

Doris me tomó la mano. Todavía temblaba, aunque procuraba valerosamente dominar el pánico que había pasado durante aquellos instantes decisivos.

—Vámonos, Mark —dijo.

Ella fue la que condujo el coche lejos de aquel lugar de muerte. No hablamos hasta después de pasado mucho rato.

—¿Mark?

—¿Sí, querida?

—El viaje ha terminado.

Me incorporé de pronto.

—Para, Doris.

Ella obedeció, muy extrañada.

—¿Qué quieres ahora, Mark?

La atraje hacia mí, al tiempo que la miraba al fondo de los ojos.

—No, no ha terminado el viaje. Es ahora cuando empieza verdaderamente.

—¿Con qué rumbo?

—Rumbo al lugar donde podamos encontrar un sacerdote.

Doris me miró unos instantes en silencio. Luego se arrojó en mis brazos, a la vez que exhalaba un grito de alegría.

FIN




LA AVIACION MODERNA
EL JAZZ
LOS COHETES
ZAS

FIRMAS QUE REPRESENTAN A
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN LOS PAISES QUE SE CITAN

REPUBLICA ARGENTINA: Editorial Bruguera, S. R. L. Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.

BOLIVIA: Alfonso Tejerina Cortez, Comercio, 1073 - LA PAZ.

COLOMBIA: Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carrera 6.ª núm. 13-78 - BOGOTA.

COSTA RICA: Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Apartado 1.924 - SAN JOSE.

CUBA: Distribuidora Antillana de Librería - Someruelos, 57 LA HABANA.

CHILE: Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B SANTIAGO.

DOMINICANA: Librería Amengual - El Conde, 40 - SANTO DOMINGO.

ECUADOR: Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 543 y Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717 y Boyacá - GUAYAQUIL.

GUATEMALA: Gilberto Morales - 12 Calle número 5-42 GUATEMALA.

MEXICO: Editorial Iztaccihuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17 MEXICO.

PANAMA: Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este, número 5-51 - PANAMA.

PARAGUAY: Adolfo N. Buzó - Estrella, 138 - LA ASUNCION.

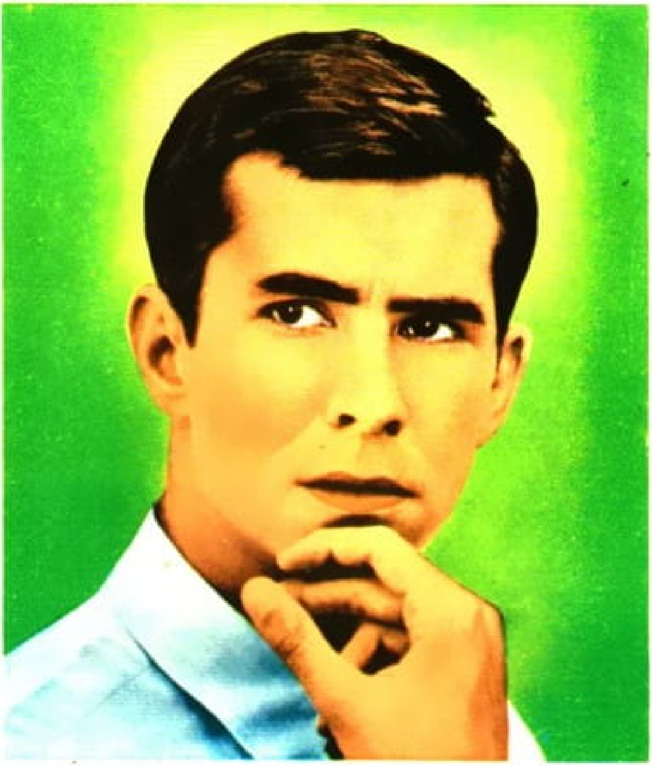
PERU: Víctor Rosas Ramírez - Mercaderes, 450 - LIMA.

PUERTO RICO: Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN JUAN. (Para bolsilibros).

SALVADOR: Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Oriente 243 - SAN SALVADOR.

URUGUAY: Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.485 MONTEVIDEO.

VENEZUELA: Distribuidora Continental, S. A. - Ferrenquín a la Cruz, 178 - CARACAS.



N.º 1491

Anthony Perkins

Nació en Nueva York, el 14 de abril de 1932. Ultimamente le hemos visto en "Psicosis", actualmente se encuentra en París donde se termina el rodaje de "Adiós de nuevo".

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 7 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain